

EL MOTÍN

Año XXXV.

Madrid, Viernes 10 Diciembre 1915.

Número 49.

Clerical ⁽¹⁾

Siempre que escribo la palabra esa,
surgir al punto en mi memoria veo
las de acecho, emboscada, caza, ojeo;
zancadilla, traición, lazo, sorpresa;
ataque, sangre, muerte, luto, huesa;
delación, falsedad, pista, sondeo;
sucio, asqueroso, repugnante, feo;
garfio, tenaza, berbiquí, compresa;
picotazo, arañazo, mordedura;
cocodrilo, reptil, gavilán, fiera;
engaño, disimulo, alevosía...

Y oigo á todas pidiendo con premura
el puesto más cercano á la primera.
¡Honrosa emulación! ¡Noble porfía!

José Nakens

(1) Como alguna vez he dicho, no incluyo á curas ni frailes en este calificativo, sino á los seglares que, por miras interesadas ó por fanatismo estúpido, son más intolerantes é intransigentes que el mismo clero; clero que seguramente sentirá en muchas ocasiones no poder prescindir de ellos.

Advertencia

En vista de que no cabía en el tamaño ordinario el original compuesto para este número, se publica doble y con un día de re-

traso. A pesar de esto, tiene que dejarse para el número próximo el comentario á la conversión del P. Ferrándiz, surgida con posterioridad á la del diputado republicano señor Talavera.

RACHA DE CONVERSIONES

LA MÍA

Hoy más anticatólico que ayer.
Mañana más anticatólico que hoy.
Y después de muerto más anticatólico que en vida. Para ello me he preparado previsivamente.

¿De qué modo?
Oído á la caja:

He reunido á los treinta hijos espirituales que hasta ahora tengo (mis libros) y les he obligado á darme su palabra de honor de que mientras existan seguirán honrando mi nombre y mi memoria sin dudas, vacilacio-

nes ni cobardías, y que dirán siempre lo mismo que dicen hoy.

He dado conmovido á cada uno mi ósculo paternal segurísimo de que cumplirán lo ofrecido.

Moriré, pues, tranquilo.

Y no cansando más, firmo esta mi conversión á los seis días del mes de Diciembre de 1915 de la Era Cristiana y 34 de la Motinesca.

JOSÉ NAKENS

La del diputado republicano D. Luis Talavera

El Boletín Oficial del obispado de Madrid, ha publicado la siguiente carta:

«Excelentísimo y reverendísimo señor obispo de la diócesis de Madrid-Alcalá: Excelentísimo señor: Sinceramente arrepentido de pasados errores, **VUELVO AL SENO DE LA RELIGION** católica, en la que fui educado y **DE LA CUAL ME APARTE, DESGRACIADAMENTE, NO SE SI POR PERTURBACIÓN DE INTELIGENCIA, SI POR IMPERIO DE LAS PASIONES, SI POR AMBAS CAUSAS A LA V. Z.**

No obedece esta determinación á impulsivo arrebató de un momento, sino que es producto reflexivo de hondas meditaciones y de prolijos estudios, **CONFIRMADO POR HECHOS CONCRETOS** y, á mi parecer, decisivos, que han llevado á mi alma la convicción de la certeza de aquella frase según la que **EL CONOCIMIENTO VULGAR DE LAS COSAS NOS ALEJA DE DIOS Y EL CONOCIMIENTO MAS PERFECTO DE SU ESENCIA Y DE SUS CAUSAS NOS ACERCA A EL.**

EL ESTUDIO DE TODOS LOS SISTEMAS FILOSOFICOS, Y DESCARTANDO EL DE LAS RELIGIONES POSITIVAS, PUES SIEMPRE CREI QUE, DE PROFESAR ALGUNA, NO PODIA SER TOMADA EN SERIO SINO LA CATOLICA, DEJO SIEMPRE EN MI UN VACIO INMENSO. Por eso mi estado fué el negativo de crítica, no el positivo de afirmación. A veces llegué á pensar que era completamente sincero y suficientemente meditado ese estado negativo de conciencia; hoy estoy persuadido de que obedeció á imperfecto conocimiento, á superficialidad de erudición, á inconfesado orgullo, á que, inconsciente, las pasiones, el ansia de bienestar del momento, nublan la razón, y después, al medio social en que se ha desarrollado la vida, al impulso adquirido, quizá hasta á estúpida cobardía.

Al abjurar y arrepentirme, lo único que lamento es no poder reparar los daños que con mis palabras ó con mi ejemplo

haya podido causar, aunque prometo consagrar á ello mi vida.

Debo declarar que he sido masón y que en nombre de la Masonería he hablado en algunos actos públicos. De ello me arrepiento, pues aunque la Masonería no es hoy ya en España lo que fué en pasadas épocas, y dentro de ella ninguna discusión política ni religiosa es permitida, ha perdido en gran parte su fuerza y han desaparecido muchos de los supuestos del anatema sobre ella lanzado por la Iglesia; el ambiente de irreligión que allí se respira, el filosofismo racionalismo y el escéptico indiferentismo que profesa justifican plenamente la excomunión que sobre ella pesa.

En descargo de mi conciencia, y **COMO DIPUTADO POR MADRID**, hago pública esta declaración en todos los periódicos, pues aun cuando sigo **SIENDO REPUBLICANO** por estimar que **NO EXISTE INCOMPATIBILIDAD ENTRE ESTA FORMA DE GOBIERNO Y LA RELIGION CATOLICA**, debo lealmente advertir á los que me eligieron para que acepten mi renuncia del cargo; pues si, por imposición de partido ó por criterios que juzgo equivocados se produjese algún antagonismo entre mi creencia religiosa y mi ideal político, sin vacilar subordinaría éste á aquélla.

Autorizándole **PARA QUE PUBLIQUE ESTAS LINEAS** en el *Boletín eclesiástico* de la diócesis ó haga de ellas el uso que estime más acertado, se ofrece humildemente como sincero católico su seguro servidor, q. b. s. a., *Luis Talavera*.

"La conversión de un incrédulo" ó sea el "gesto" de D. Luis Talavera

¿Cuál periódico en España, sino El Morín, y quién en su redacción sino yo, está llamado á responder á la solemne campanada de la conversión de nuestro antiguo compañero? Tan en su lugar está el documento en el *Boletín Eclesiástico*, como aquí su refutación; siendo sólo de deplorar la escasa sustancia que nos ofrece por parte del converso.

La historia de la conversión explicada al *Heraldo*, menciona tres personajes: el converso, acompañado del jesuita P. Torres, visitó al obispo.

Ya salió aquello. El jesuita digo.

La *abjuración* fué dirigida posteriormente al Prelado para su publicación. Al parecer el prelado la ha enviado á toda la Prensa como suceso sensacional. De este modo, la publicación del escrito es un hecho jesuítico, una pulsación de la vida de la Iglesia, la actualidad del momento, que el *Heraldo* ha colocado á seguida del anuncio de la película titulada «El éxito más formidable del mundo». Y, aquí, si, la *abjuración* se presta á estudio, pues nos revela, como pulsación, los secretos internos del funcionamiento cardíaco de la Iglesia, que padece el trastorno y alboroto universal producidos por la guerra.

Ni un comentario vamos á hacer la

acto puramente religioso y espiritual del antiguo amigo. Ni siquiera le aplicaremos los consabidos adjetivos de «apóstata, renegado, tráfuga y traidor» que desde su nuevo campo habrá de aplicarme á mí. Su alma en su palma. Allá él en su actitud religiosa, en el templo de su conciencia. Pero de los términos y aparato teatral en que dice reflejar al público esa actitud, para impresionar á las gentes, para desacreditar las ideas y personas de los que acá quedamos y para dar á su «paso dramático» la fuerza del «éxito más formidable del año religioso», de eso si hemos de hablar, no todo lo que fuera del caso, pero sí lo suficiente para atenuar en el ánimo de nuestros fieles, la impresión política que se pretende.

LA ABJURACIÓN DEL DIPUTADO

Ante todo, digo sinceramente que no me explico esa campana, ni la forma que se le ha dado. Trátase al parecer de la reconciliación eclesiástica de un peregrino que hizo de la apostasía plataforma de su personalidad social, logrando con ello ser elegido diputado á Cortes. Estos extremos constan vergonzantemente confesados en el texto de la *abjuración*.

El autor escribe la *abjuración* en papel del Congreso, con membrete de «El diputado á Cortes por Madrid» y dice proceder en ello como tal «diputado». Más que el acta de conversión, brilla la de diputado; y aun parece ser que tanto la incredulidad como la conversión, se reputaron insuficientes para el éxito. Lo que valía era el «diputado».

Y esto, señores del margen, no es una *abjuración*, ni una conversión, sino una linda pega y un antiestético corte de mangas al pueblo elector. Es abusar del título de diputado republicano, con conocimiento del abuso y presumiendo las protestas de los electores «cuyo ideal político» se presume «antagónico» con la nueva creencia religiosa del converso.

¿Cree el Sr. Talavera que los electores le diputaron para eso? Y si sabe que fué diputado para lo contrario, ¿cómo es osado á tomar el título de diputado y á hacer del escaño del Congreso al cual fué elevado por los electores, nueva plataforma de su política religiosa, como antes hiciera de la incredulidad la plataforma para adquirir esa personalidad política?

«Como diputado republicano por Madrid» estaba obligado á renunciar la representación tan pronto como sintió el antagonismo entre su deseo de convertirse y su compromiso de «pervertir» (no riñamos por cuestión de palabras).

Lo hecho es una deserción con armas y municiones, llevándose al enemigo el uniforme de «diputado» que le confió el pueblo sobre la hipoteca de su honor, de su seriedad y de su probidad.

Y, si nos atenemos al texto del escrito y nos fijamos en que este «alarde» del carácter de diputado no obedece á una sugestión reciente, sino á «hondas reflexiones, meditaciones y estudios prolijos», por corta que sea la medida en que tasemos ese período de estudio y reflexión, alcanzaremos por fuerza la época de su elección y de su propaganda electoral. Y en tal caso, ¿cuán desairado queda en el estrado del casino el candidato que solicita del pueblo irreligioso ó anticlerical la confianza, agitando en su interior el propósito de defraudarla... (1).

Júzguese á sí mismo Talavera, en ambas posiciones; juzgue su fe en parangón con la del pueblo elector; y si reconoce que la el pueblo es una buena fe excesiva, la suya, que es burla de la otra; merecerá el calificativo contrario.

No sé si el texto de la *abjuración* ha sido sometido á la censura de los examinadores sinodales del obispado. Pero es lo cierto que ellos han de censurar duramente, como fraude común reprobado por la ley natural, este alarde intempestivo del «diputado» que fué elegido para flauta y ha salido pito.

Si es idea de los jesuitas, hacen poco honor á su fama de «casuistas»: en este caso, tienen los dedos cogidos en la puerta.

Bien: Talavera llevó la investidura del diputado á vestirse el sambenito de penitente. Quizá en él se estime más lo de diputado que lo de Talavera. Pero, para entrar investido por la puerta de la penitencia, ha tenido que dejar en el arroyo las prendas de garantía dadas al pueblo elector.

Si su alma vuela al cielo, su «palabra» está en el suelo.

LA RENUNCIA

Después de la carta al obispo ha publicado otra. En ésta ofrece renunciar al acta de diputado «si la Asamblea Municipal de Unión Republicana, que le eligió «cree burlada la confianza de los electores.»

Por ahí debió comenzar; esto debió hacer antes de dar el «paso dramático» que resulta burlesco á juicio del público. Esto debieron haberle aconsejado sus directores espirituales.

Esa segunda carta podía ser justificada para explicar la renuncia, y bastaba y sobraba para los fines de la conversión.

Si así hubiese procedido, crea el señor Talavera que se habría evitado la rechifla pública que le obliga á desnudarse de la investidura en pleno presbiterio.

Es que—dice—«cree compatible e

(1) «No es de estos días su conversión. Hace ya unos meses que HIZO BAUTIZAR en Salamanca á un hijo que tenía de diez y ocho años.» (El obispo de Madrid al redactor del *Heraldo*.)

dogma católico con el credo republicano.»

¿Si, eh? Mas, es el caso que confiesa sospechar la divergencia de opinión de sus electores (el diputado no lo sabe de cierto). ¡Pobrecillo... sabe tan poco de todo, que ni el criterio de su partido conoce á punto fijo... Pero ha sabido alegar esas sospechas para cohonestar el abuso cometido, y ha sabido esperar á renunciar el título de diputado después de haberlo puesto en ridículo. Devuelve á la asamblea electoral el acta mojada... mojada con agua bendita, que es la mancha peor para los que creen lo contrario al converso...

Llegó tarde é hizo la cosa al revés. El cumplimiento de sus deberes con Dios, no le eximía del cumplimiento de sus deberes con los hombres, pues éstos son de ley natural y aquéllos de ley eclesiástica, que cede siempre á la natural. ¿No es así, señores moralistas?

Y aun el conflicto de moral era más sencillito. Tratábase del precepto negativo del Decálogo. «no engañarás al prójimo», y del precepto eclesiástico «publicarás tu conversión.»

En sus «hondos estudios del catolicismo», nuestro D. Luis habrá encontrado resuelto este caso. «El precepto negativo obliga siempre, el positivo, sólo obliga en las ocasiones propicias.»

Y siendo así, una conciencia delicada, hallándose en la duda tal y como dice estar colocada la suya el converso, *debió asegurar* el cumplimiento del precepto principal, con quebranto del secundario.

Esto sería obrar en católico serio.

Devolver el acta á la asamblea, antes de mojarla; después de mojada ¿para qué la quiere?

REPÚBLICA PONTIFICIA

Mas ¿es cierto que D. Luis juzga al catolicismo compatible con la República del partido que la defiende en España?

Sí, sí. Ya sabemos que hay p. ej. en Colombia una República católica, en donde no debe decirse «Cristo-Rey» y debe decirse «Cristo-Presidente».

Pues, para traer tales repúblicas á España, tan bien estamos en Bombay: no vale la pena de jugar la vida del pueblo en una revolución, ni de dar graves disgustos á la familia monárquica.

El busto de la República, sin gorro frigio y con bonete ¡sí, es posible! ¡Y tan posible! Aun es de temer que así será la que el tiempo traiga á España. Mas, entonces, los republicanos de hoy se harán imperialistas.

De esta *esencia* de la política española, no se ha enterado todavía don Luis. Si es así, voy creyendo que «ahondó» en política lo mismo que en filosofía y teología.

Seguirá siendo republicano- nos dice. ¡Muy bien; republicano del Papa-

rey; con su inquisicioncita, su fuero clerical, sus 600 ordenes religiosas, con las *constituciones pontificias*, y el Estado brazo secular de la Iglesia. ¡Un encanto!

Que había republicanos del rey y de la monarquía, ya lo sabíamos; ahora don Luis va á propagar la república del Papa.

Será quizás la República-jesuitica. La Defensa Social se lo premie: la Unión Republicana se lo demande.

Veremos cuántos votos saca en las futuras elecciones con su nuevo programa.

ABJURACIÓN Y PROFESIÓN

Dejemos ya la República que parece tan lejana como el reino de Dios, y volvamos al caso de don Luis.

Habla del divorcio entre él y la Iglesia.

El dice que «se apartó de ella»: pero esto no basta. Mucho más que Talavera se había apartado Luis Morote, que declaraba «tener el honor de no ser católico» y «ser enemigo personal de Cristo». En vano intentó apartarse de ella, pues ella *no se apartó de él*.

Tan poco caudal hizo la Iglesia de la apostasía de Talavera, que no tomó nota de ella; ni examinó los errores que dice haber profesado, ni aun ahora los ha creído merecedores de enumeración. Talavera no fué excomulgado nominalmente. En los registros oficiales, tan católico era el día antes de abjurar, como el día de su primera comunión.

Por ser esto así, la Iglesia no ha procedido á la ceremonia canónica de la «reconciliación», de asistir Talavera á la misa, vestido del saco, desnudo de medio cuerpo, cirio en mano y soga al cuello. Cuando menos, no se dice en el escrito.

Talavera intentó divorciarse de la Iglesia, pero ésta no se dió por aludida. El se fué por picos-pardos, mas ella continuó benévola con él; no fué un crimen, sino una travesura.

En el Sr. Ferrandiz, ocurrió lo contrario. La Iglesia le excomulgó, pero él no apostató, y siguió firme en su título presbiteral.

Diríamos que el divorcio estaba en litigio. En un caso, era el marido el que lo incoaba y la esposa quien se oponía. En el otro caso, ocurría á la inversa.

Y siendo así, no existiendo excomunión personal oficial, la conversión de Talavera estaba canónicamente reducida al foro de la conciencia y á la jurisdicción del confesor.

Para el público bastaba la noticia de haber sido absuelto y haber recibido del párroco la comunión; ó si se quiere, la noticia de haber entrado fraile cartujo, que es orden de penitencia y asilo el más adecuado de diputados arrepentidos.

LA MEDIA CIENCIA Y LA CIENCIA ENTERA...

Bastaba, pues, la simple *profesión*

de Fe. ¿A qué viene el documento de retractación, con sus considerandos y resultandos, sino al propósito de formar proceso y juicio de las ideas que Talavera dice abandonar?

Y ¡menudo proceso el que nos trae poniéndose él de modelo...

Lo primero que hace es acusar á la incredulidad de necia é infatuada. Toda la ciencia incrédula, no pasa de ser ciencia superficial á medias. (1).

Porque, lo que dice don Luis: la ciencia perfecta, la que cala la esencia de las cosas por lo hondo, y la universalidad de sistemas filosóficos y religiosos por lo extenso; esta ciencia enciclopédica y metaquímica, es forzosamente religiosa: y ésta es la que ahora posee don Luis. Holgaba decirlo: con exprimir el contenido de su abjuración quedaba dicho.

¡Cuidadito con el Tertuliano que teníamos en el Congreso, y el Leibnitz que andaba por España, y sin enterarnos!...

Pues yo me permito dudar de esas portentosas erudición y modestia. Ya veremos luego cómo don Luis no pasó del abecé de la recta Filosofía que comienza por el sano y juicioso *nosce teipsum*. Cuando no nos trajera otras pruebas, basta esa andanada de pretenciosa sabiduría para acreditar el error de autocrítica que padece nuestro antiguo amigo.

¿Que para ser creyente se necesita gran saber?

Pregúnteselo á nuestras piadosas Zurrupétas. Los teólogos han convenido que la fe mejor es la del carbonero y no la de los enciclopedas.

ABJURACIÓN Y CONFESIÓN

Mas, velay por donde en el escrito sobra mucho de *abjuración* de las creencias dejadas y falta no poco de *profesión de la fe* nuevamente abrazada (2).

Si; la profesión es muy débil. Hallamos todos los párrafos, incoados con el «yo creo... yo juzgo... yo opino... yo entiendo» que, en su conjunto, excluyen toda afirmación categórica de objetividad de las nuevas doctrinas, y presuponen exquisitamente la posibilidad de la certeza y de las ideas contrarias.

Es—diríamos el lenguaje prudente del sabio, acostumbrado á errar, miedoso de su juicio, y que, sin entrar en la esencialidad de las ideas, las presenta no como verdades inconcusas, establecidas y averiguadas, sino como «opiniones y creencias» subjetivas.

Percíbese, en fin el olor y sabor de un escepticismo que sólo por vía de hipótesis se abraza al catolicismo.

(1) «Media ciencia y ciencia entera» dice la frase á que alude el converso. No confundo esa media ciencia filosófica con la ciencia media de los teólogos, que al parecer usa el converso.

(2) Algo se ha sub-anado esta en la carta segunda á los Efesios.

No creo ofender al autor del escrito al juzgarlo así. Esta hipótesis asoma francamente en su frase: de «las religiones positivas... siempre creí que... de profesar alguna, no podía ser tomada en serio sino la católica». «¡Caso de profesar alguna!...» He aquí la hipótesis establecida netamente, y aun agravada por el concepto «la única seria». Es decir, se acepta el catolicismo por lo que tiene de serio con respecto á las otras religiones: no por lo que tiene de veracidad exclusiva. No es una convicción absoluta; sino una conveniencia... «caso de profesar alguna religión.»

Que son muchos los católicos de esa clase, es cierto. Son católicos porque sí y sin más razón. Lo más es cuestión de *seriedad*, no de salvación eterna. Abundan, pero sin saber que no son católicos, que el catolicismo es incompatible con ese estado hipotético y con esa conciencia tímida y escrupulosa. El católico es el inquisidor, de llamarse hijo de Dios á sí mismo y aborto del averno á todo disidente.

Aquella timidez de D. Luis parece un caso de escepticismo católico que maravilla ver exhibido como modelo de conversión y como patrón de ortodoxia.

Si el sistema es sometido á un tribunal mixto de teólogos y filósofos, éstos decidirán que para ser ortodoxo en escéptico, sobra lo de católico; y aquéllos fallarán que para ser ortodoxo en católico, sobra lo de escéptico.

Pero allá se las haya la Iglesia con estos espectáculos. Si ella acepta el Escepticismo, no será mucho que los escépticos, *llegado el caso*, la acepten á ella. En unos y otros será cuestión de manga ancha y de elasticidad de conciencia.

CAPITULO DE NOVELA

Cómo se es católico sin querer, sin querer se apostata, y sin querer se dicen herejías en el acto mismo de abjurarlas.

Según el texto, el Sr. Talavera fué católico sin enterarse hasta muchos años más tarde. Después «se apartó de la Iglesia», pero todavía no sabe á punto fijo por qué, aunque barrunta que fué por falta de entendimiento (perturbación de la inteligencia) ó por falta de energía (imperio de las pasiones). Su apostasia fué un caso de amencia ó abulia, separadas ó unidas.

Fuese amencia ó abulia la del converso, deben tener algo de virulentas y contagiosas toda vez que alcanzan (al parecer) á los inspiradores y revisores del escrito.

Veámoslo.

Si estaba loco ó enfermo ¿de qué se arrepiente el diputado? Su arrepentimiento es una insania.

Pero... alerta, teólogos. Si se acepta la irresponsabilidad del apóstata,

caemos en plena herejía; en la formidable herejía de negar el dogma de la *gracia suficiente*.

O real y patológicamente Talavera estaba loco é hipnotizado en la apostasia, y en tal caso no hay conversión, ni culpa, ni abjuración, ni arrepentimiento, pues de repetirse las circunstancias se repetiría fatalmente el fenómeno; ó bien el alegato es falso y la excusa es un pecado de presunción; ó queda admitido que la gracia del Bautismo, de la Confirmación y de la Eucaristía son *insuficientes* para confirmar en la fe.

Ya veremos cómo nos deshacen este dilema los examinadores sinodales.

Además, habrán de deshacernos otro.

Talavera dice volver á la Iglesia en virtud de sus hondos estudios científicos y de convicciones experimentales (1). Esta es la fe con que se presenta. Pero ¿es esta la fe católica? Yo digo que no: que por mucho que se eleve á Dios Talavera por la senda de sus estudios, si Dios no baja á él con la gracia de la fe, su fe es vana, y lo más podrá ser una preparación para la fe teológica.

He aquí por dónde en documento tan campaneado, encontramos las huellas devastadoras de la herejía. ¿Dónde está la gracia de Dios necesaria para la fe, y dónde la suficiencia de la gracia para sostenerse en la fe?

Si no se hallan expresamente excluidas y negadas en el escrito, se siente el vacío de su afirmación. Y «caso de publicar abjuraciones», lo menos que puede pedirse es que estén redactadas con buen sentido teológico, sin dejar lugar á sospechar la falta de *mente* ó la influencia de pasiones extrañas á la conversión.

Ahora, el lector puede discurrir, si Talavera fué siempre tan católico como al salir de la pila bautismal, ó si ahora es tan escéptico como antes de «convertirse».

Ya se ve: la fórmula de la conversión deja mucho que desear. Si yo no hubiese salido de aquel campo, denunciaria á la Inquisición Romana; no al autor, profano en materias religiosas, ni al obispo que debe haber sido sorprendido, sino á los jesuitas presuntos inspiradores de la carta, como sospechosos de herejía; la herejía del *racionalismo católico*, por suponer en este caso alcanzada la fe con sólo el esfuerzo de la Razón.

¿Si será, señores, que la España católica ha perdido la brújula, y ya la

(1) Sobre esta idea ha hincado el acento el señor Obispo de Madrid, en su intervenció citada. Dice el prelado: «El Sr. Talavera es un hombre culto y estudioso que ha leído todos los filósofos y buceado en todos los sistemas en busca de la luz que sólo tiene un nombre: Dios, y un final; la religión católica. Sin catequización ni ajeno impulso, por el de la reflexión y la razón, el Sr. Talavera ha abierto los ojos á la verdad.»

Iglesia se hace racionalista, á trueque de que los racionalistas se declaren católicos?...

LOS HECHOS DECISIVOS

La carta ha dado carácter científico-experimental á la conversión, diciéndonos cómo las conclusiones críticas predisponentes á la penitencia «fueron confirmadas por hechos concretos á su parecer decisivos.»

¿Cuáles serán esos hechos? *El País* los ha señalado en cierta enfermedad que dice sufrió el pasado verano un hijo del converso, y durante la cual hizo una especie de exvoto ó promesa de convertirse (1).

No cabe discutir el «parecer» del autor. Sólo él puede saber cómo se le aparecen á él las cosas, que siendo de un modo en la realidad objetiva, al penetrar en el cráneo por los conductos de la sensibilidad toman las formas subjetivas de ésta, de constitución muy compleja, de origen muy remoto y de elaboración enredosa y sutil.

Los que no se hallan dentro de aquel cráneo, no pueden saber lo que en él pasa sino por virtud del testimonio del sujeto. Es inútil la discusión é imposible el análisis.

Pero, tres cosas se desprenden de esta confesión:

1.^a Que estos «hechos» tienen floja médula de objetividad, ya que el autor no se atreve á reconocerles una fuerza demostrativa absoluta, sino que se la limita á sí mismo, «á su parecer», que ni es el parecer de los demás, ni tampoco es un parecer constante y uniforme. La fuerza convictiva de tales hechos, más que en los hechos sustanciales, está «en el parecer» y modo de verlos. Por lo cual no puede puntualizarse lo que en ellos haya de contenido doctrinal, y lo que haya de alucinación individual.

2.^a Esta afirmación meticulosa del autor «decisivos á mi parecer» que salva el parecer contrario, aleja la idea de que los hechos de referencia, puedan ser aquellos *golpes de la gracia*, de revelaciones ó visiones claras é indubitables, tan abundantes en los libros de caballeros conversos, que no dejan lugar á la duda, y no toleran la salvedad esa de «á mi parecer». No son pues, hechos formalmente teológicos. Su fuerza «decisiva» la sacan del juicio del sujeto, el cual juicio se forma de la compleja pre-

(1) Esta idea ha corrido por todas partes. El redactor del *Heraldo*, dijo al prelado haber oído explicar la conversión á causa de la curación de una sobrina, lograda después de invocar la esposa del converso á cierta virgen.

A ser ciertos ambos relatos, se trataría de «dos casos concretos».

El prelado niega intervención alguna milagrosa, real ó supuesta: mas en tal caso, ¿cuáles hechos concretos pueden ser los alegados como decisivos por el converso?

Ciertamente hay disonancia entre ambos textos. También le advertirá el lector entre los del prelado y los de Ferrándiz al relatar la conversión de éste.

disposición individual, influida por las causas particulares que mueven de ordinario al sujeto á formar criterio y deciden su acción.

En todo caso aparece la falsa dinámica mental de los sujetos que, sobre hechos particulares íntimos, muy nebulosos cuando son más claros, é inextricables aun cuando adquieren las formas más sencillas, aventuran juicios definitivos acerca de problemas universales.

Ahí nos da Talavera su *psicología* y el modo de ser de su criterio. En psicopatía, Mr. Binet, especialista en estas materias, diagnostica á tales sujetos como tocados de la «manía del escrúpulo», esto es, que fían á causas minúsculas y de significación deleznable, la decisión de las grandes determinaciones. Es una de las formas de la superstición, que hace depender de hechos fortuitos, ora delicados como el de la curación de un hijo enfermo, ora ridículos, como el de sacar la lotería, decisiones tan graves y transcendentales é incoherentes como esa de la profesión de una religión determinada, la cual será rechazada tan pronto como se ofrezca el argumento en contrario sentido.

3.^a Esta declaración, viene á destruir, ó cuando menos á dejar dudosa, la consciencia con que el autor dice haber procedido en su resolución. En orden á sus convicciones, él—nos dice—no había llegado á conclusión alguna afirmativa; toda su labor científica habíale llevado á «un estado negativo de crítica».

Sus supuestas propagandas de «masón», no procedían de la convicción positiva de la mentira religiosa, sino—dice—de la ignorancia, del orgullo y de las pasiones egoístas. En fin: su ficción de sabiduría era simple petulancia, sometida á cálculos interesados que tomaban el lugar de la Razón.

No era irreligioso en conciencia, y aun era tiernamente católico. El catolicismo era la única religión con que simpatizaba y á quien cortejaba para abrazarla cuando llegase el caso... ¡El caso de la enfermedad del hijo, por ejemplo!

Vino «el caso» que tuvo fuerza persuasiva, motora de la voluntad, no convictiva de la mente. Y se «convirtió á la Iglesia... porque su hijo estuvo enfermo».

Tal es el hecho llamado decisivo.

Mas, la enfermedad de un hijo, «perturba» hondamente la mente del padre. A Talavera le perturbó hasta el punto de presentarle la veracidad religiosa vinculada á la salud de su hijo.

Si es que, á semejanza de las beatas del arroyo, el converso propuso á Dios al dilema: «si se cura mi hijo me convierto, y si no te reniego», ese dilema constituía un «pecado teológico», el pecado llamado de *tentación de Dios*.

Ya se ve, la perturbación era grande.

Imperaban sobre la negativa razón del impío, las pasiones más impetuosas y más respetables: las pasiones de padre. El cariño paternal, la ambición de prole, de sucesión, de perpetuidad de herencia: era el egoísmo ese, de altruismo ficticio.

¿Se lee esto en ese párrafo? Pues, veamos ahora, lo que á los espíritus colocados en trances críticos, dicen los hechos. Ninguna crisis cabe mayor que la que vamos á ver. Es una conversación que tuvo Gisbert Murray con dos soldados procedentes de las trincheras de Flandes.

Los mismos horrores de la guerra habían visto y pasado; bajo idéntica situación habían vivido. El uno, que entró impío en la lucha, exclamaba:—«Era un espectáculo capaz de hacer creer á uno que realmente hay Dios.» El otro, que había entrado creyente, resumía los horrores diciendo:—«Tal es, que uno se sentía tentado á dudar de la existencia de Dios.» Lo refirió en la revista *Weekly Dispatch*.

He aquí el lenguaje de los hechos. Ellos son mudos; todo su lenguaje procede del intérprete.

¡Los hechos humanos... Dios!...

Aquí de la niña del cuento: «Dios... Dios es tan grande, que la vista no alcanza su magnitud; tan pequeño, que el dedo no puede palparlo ni lo encuentra en parte alguna.»

He aquí por donde la conversión de Talavera tiene el mismo origen y causa que su apostasía.

La amencia, la abulia, el «no sé qué» y la casualidad.

LA «ESTÚPIDA COBARDÍA»

La conciencia negativa simpatizante con la Iglesia, encontróse con el hijo enfermo y sufrió el empujón de las pasiones paternas. El vacilante se decidió á adoptar como demostrativo el argumento: «Mi hijo se cura. Luego el liberalismo es pecado; el Papa, infalible; la desamortización, un robo, y la Inquisición un oficio santo». Que esto es el catolicismo precisamente.

Nadie verá la coherencia y congruencia de tales extremos. Para Talavera fué argumento decisivo. Con razón llama á esto «su parecer», su criterio y su lógica.

«Decidióse», pues, á convertirse ó quizás á publicar su «conversión».

Y aquí topó con muchos obstáculos. Sobre todo «el orgullo, el medio social, el impulso adquirido, el bienestar momentáneo, la estúpida cobardía».

Es decir: la misma perturbación de mente y el mismo imperio de las pasiones que el interesado confiesa claramente haber actuado en su apostasía y que, inconscientemente, confiesa haber decidido su conversión la estuvieron retardando.

¡Situación extraña y especialísima la de D. Luis... De mi parecer hablo.

El orgullo sólo podía impedir la decisión, por lo que tiene de dolorosa la rectificación de un modo de ser, y la negación de sí mismo en lo pasado.

Ya se ve: D. Luis, no había entrado en la orden de la verdadera sabiduría, que sabe que cada paso es una rectificación, cada descubrimiento de verdad una confesión de la anterior ignorancia, y que el acierto sólo se adquiere errando y tropezando y rectificando, siendo la rectificación el oficio del sabio equilibrado.

Pero, en fin: llegó á quebrantar el orgullo y á resignarse á la humillación de la rectificación.

Y surgieron una porción de fantasmas...

«El bienestar»... ¡cosa rara en los republicanos é incrédulos... la mayoría de los cuales han de convertirse á la Iglesia huyendo del malestar!...

Pero, por lo visto, don Luis iba muy bien en el machito de la incredulidad aparente y del republicanismo católico...

¿Por qué estaría él tan bien donde los otros están mal?

«El medio social» de procedencia—nos dice.

¡Ay, el medio social español! que al parecer tanto influye en el interesado... ¿tanto pierde el converso al cambiar de *medio social*?... Yo no lo veo. Yo conozco los «dos medios sociales» que cruza don Luis: el «medio de aquel público que coreó á Mella en el Teatro de la Zarzuela, y el que acude á los mítines disidentes de la Iglesia y de la monarquía». ¡No llore por esto don Luis. Vaya á las fiestas de los jesuitas, rebosando magnificencia. Magnífico templo, magníficos oradores, magnífico público, magníficos coches, magníficos lacayos y aun magníficos caballos.

Si esta magnificencia estuviese en nuestro campo, ¿que haría el Sr. Talavera? ¿No le acobardaría la idea de dejarla?

No me explico por ahí su reparo. Sólo por otro lado creo hallarlo razonable.

Siendo impío, era diputado por Madrid. He aquí el busilis.

Don Luis se llena la boca con ello. ¡Si será que en otros campos barrunta que no habría logrado serlo, ni volverá á serlo!...

Quizás. Y si así fuera, ya se explica el dolor de su conversión. Deja de ser diputado; renuncia el acta, de la cual decía *El Universo* ser estimada como tesoro el más precioso, al cual todo puede sacrificarse.

Se comprende. Un diputado, así sea republicano y mejor siendo republicano!, tiene facilidad para aislarse del «medio social que le elige» de desarrapados miserables, é infiltrarse en el «medio social contrario» donde

sobran los diputados devotos y creyentes y faltan en cambio diputados republicanos, que cojan del pueblo el acta y la lleven al servicio del adversario.

¡Oh, misterio de los misterios y reveses de las cosas... Al Gobierno, le sobran siempre unas docenas de diputados piadosos y adictos. Por menos de un real daría algunos de ellos. ¡Sirven para tan menguada cosa! Además, lo que decía del pintor genial a quien nombró canónigo el rey, al verse reprochado por otro canónigo.

—Canónigos, los hago y deshago yo a cualquier hora—decía el monarca—los genios, sólo los hace Dios.

Así un Dato cualquiera puede decir, los diputados monárquicos y devotos, los hago yo por docenas: los republicanos, sólo los hace el pueblo. Esos son los que me interesan y no los otros.

¡Bien: don Luis ha renunciado el acta ya!

¡Terrible sacrificio el que le ha impuesto su conversión!

El pueblo liberal parece no vestirá luto por perder a tal diputado, que ha necesitado el acto de la conversión para hacer hablar de sí y de su gestión política.

El acta tampoco llorará el verse separada de su dueño. ¡Para lo que ha servido!... ¡Para ser llevada a los pies del señor obispo!...

TERMINEMOS...

La publicidad dada a la abjuración no es un acto de necesidad canónica, sino un acto de política jesuítica dirigido a afrentar a los adversarios.

El texto, debidamente analizado, es un ciempiés filosófico y teológico.

Sus efectos han sido tan desastrosos para el autor, como para sus consejeros.

Supérflua en el objeto, contraproducente en la intención, descabellada en el fondo, inadecuada en la forma...

¿Qué se saca de ello? Una conclusión, a saber: que *Sancta, sancte sunt tractanda*, y que no vale jugar a abjuraciones.

Y ahora... aprended, jesuitas, a redactar abjuraciones, y vosotros, republicanos, aprended a elegir diputados. La lección ha sido soberana.

S. PEY ORDEIX

La del P. Ferrándiz

La prensa diaria ha publicado y está comentando la noticia de la «conversión del P. Ferrándiz».

CONTADA POR EL OBISPO

A continuación va el relato del suceso hecho por el obispo de Madrid a un redactor del *Heraldo* después de relatar la de Talavera.

«La otra conversión le tendrá a usted todavía más satisfecho.

—¿Cuál?—interrogó haciéndose de nuevas.

—La del padre Ferrándiz.

—Ya se sabe?—con algo de contrariedad. Puesto que ya se sabe, no tengo por qué callar esta noticia, efectivamente muy grata para mí. Si; el padre Ferrándiz ha vuelto al buen camino, a su camino, y ha vuelto también por su propio impulso y sin que en ello hubiera otro mediador que su conciencia. Hace cerca de un año recibí una carta del padre Ferrándiz preguntándome si le concedería unos minutos de conversación. Yo le contesté enseguida que tendría mucho gusto en recibirle, y él vino una noche y le recibí aquí, en esta biblioteca, y sentados los dos en ese sofá hablamos. Él me dijo que venía a verme porque su espíritu vacilaba... Y yo ya puede usted suponer lo que le contestaría. Le hablé paternalmente, como debe hacerlo un pastor que es a la vez que juez, y acaso antes, padre. Él es un hombre de corazón y yo comprendí que se conmovía al oírme.

Por eso yo le añadí que, sin que ello tuviera nada que ver con su conducta y resoluciones futuras, é independiente de todo y sin obligación ninguna por su parte, yo tendría mucho gusto en servirle en lo que necesitara. Nada me pidió. Luego, al cabo de unos meses, volvió a escribirme solicitando de nuevo verme. Yo me apresuré como era natural, a recibirle. Y vino. Había oído la voz de Dios... Yo tuve una de las alegrías mayores de mi vida, y le recibí como el padre al hijo pródigo. Él es un hombre de mucho entendimiento y de mucho corazón, y porque es así y porque la bondad de Dios es tan grande, yo le esperaba. Sin pedir nada él ha hecho su retractación en una hermosísima carta que el próximo día 10 publicará el *Boletín de la Diócesis*.

Con plausible y acertada discreción, el señor obispo de Madrid rehuye el dar detalles de sus conversaciones con el padre Ferrándiz. Celebra como una de las mayores alegrías de su pontificado la por él tan vivamente deseada conversión de tan formidable enemigo de la Iglesia, y tiene para el converso paternales palabras de indulgencia y cariño.

Todavía tardará algún tiempo en volver a decir misa el padre Ferrándiz.

Hoy mismo habrán salido para Roma las peticiones solicitando el levantamiento de la excomunión que pesaba sobre el padre Ferrándiz. Dentro de unos días entrará el converso a hacer ejercicios espirituales, ya vestido con sus ropas talaras—hace constar el obispo—, y en cuanto vuelva resuelto de Roma el expediente de levantamiento de la excomunión, volverá el padre Ferrándiz al ejercicio de su ministerio.

—Pero no es verdad—termina diciéndonos el señor obispo—que haya dispuesta ninguna capellanía para el padre Ferrándiz ni que se le haya ofrecido. Ni por su parte ha habido petición ni por la nuestra ofrecimiento. Me interesa mucho que así se diga y se sepa para evitar que se atribuya el acto del padre Ferrándiz a móviles distintos que los de su fe, que le ha impulsado, é indignos de él y de la Iglesia. Si alguien pensara del padre Ferrándiz otra cosa, no le conocí ni sabe que se trata de un hombre de mucho talento y de mucho corazón.

CONTADA POR EL INTERESADO.

En una entrevista celebrada con el

redactor de *El Debate*, Curro Vargas, se lee:

«Ferrándiz, visiblemente emocionado, pero sin floritura ni dengues, comienza a hablarme así:

—Hace ya años... algunos años que yo me sentía, no sé cómo decirle a usted... «muy solo»... con un vacío muy grande en el alma... en un mundo «que no era el mío»... A través de mis errores, de mis veinte años de apostasía, de mi sed de venganza y de mis constantes y terribles ataques a la Iglesia, el Señor quiso, infinitamente misericordioso, dejarme la Fe, una Fe íntima, guardada, como en un relicario, en lo más recóndito y lo más puro de mi alma... Amigos, compañeros de sacerdocio como Calpena, como Uribe el párroco de San Luis, y varios más, decíanme siempre, dando aldabonazos en las puertas ya entreabiertas de mi corazón: «¡Pepe, torna adonde todos te aguardamos con los brazos abiertos! ¡Tú no puedes morir fuera de la Iglesia, lejos de tu Madre querida!... ¡Tú fuiste un tiempo un buen sacerdote, más todavía: lo fuiste por acentuada vocación y contra los deseos de tu propia familia, aun siendo todos los tuyos creyentes y devotos!... ¡Anda, decidete, déjate llevar de tu corazón; ven a nosotros!...»

Pero yo pensaba: ¿qué dirán los míos de mí? ¿No dirán, éste ya viejo, se entrega y quiere dejar aquí los huesos cuando lo mejor de su vida, casi toda su vida, la empleó en combatirnos y perseguirnos?... Y cobarde y flaco de voluntad una vez más, retrocedía en el camino de mi pública conversión.

—Bien—interrumpimos—; pero usted luchaba al mismo tiempo consigo mismo, seguramente...

—¡Oh, sí! Era una lucha tremenda, créalo usted!...

—¿Y cómo?... ¿De qué manera?...

—Hace unos días... uno de esos buenos amigos me habló ¡tan al alma!, y tan preparada estaba mi alma para oírle y seguir de una vez sus consejos, que, de repente, interrumpiéndole con un ademán, le dije:—¡Ea, no hablemos más de eso! ¡Tenéis razón; mañana me presentaré al señor obispo, y desde este instante Ferrándiz no es *Un clérigo de esta corte*, ni un apóstata, sino un arrepentido, un penitente, un sacerdote que fué malo, pero que no lo es ya!...

—¿Y vio usted al señor obispo?...

—Le vi; me presenté a él humildemente, y donde yo esperaba encontrar en justicia un severo censor, hallé un padre cariñoso, que me abrió de par en par los brazos para lanzarme este único reproche: «Hijo, ¿por qué no has venido antes?... Ahora, amigo Curro Vargas, estoy por primera vez tranquilo, tranquilo, en mi conciencia, ¡en esa conciencia que implacable me acuciaba y me decía: ¡arrepíentete del mal que has hecho y no cierres los ojos en esa apostasía que es tu afrenta y será tu eterna y terrible condenación!... La Virgen Santísima fué, indudablemente, intercesora... Si, estoy seguro de ello; también en el curso de mi vida accidentada y reprochable fué Ella antorcha de esperanza que no se apagó nunca!... ¡Desde niño fui devoto suyo con devoción profunda, arraigadísima!...

—Y esa devoción a la Virgen, ¿está relacionada con algún recuerdo de los primeros años, con algún hecho memorable?...

—¡Lo está, sí, señor!... Es una historia de esas que tienen un nimbo de juventud,

de añoranzas, de cosas y personas que fueron!... Yo era hijo único. Estudiaba Filosofía; tenía dieciocho años. La pobreza nuestra era grande. Idólatra de mi viejecita, dábame yo á buscar trabajo para que ella no padeciese tanta necesidad; pero mis esfuerzos resultaban vanos. Un día entré en la iglesia de San Isidro, y prosternándome ante la Virgen llamada del Buen Consejo, le pedí con todo el fervor de mi alma que me protegiese. Nueve días seguidos fui á rezarle, á «hablar con ella» como un hijo. El último día, al volver á mi humilde hogar, vi á dos mujeres que en el portal decían: ¡En las Concepcionistas hace falta un sacristán!... Convencido de que providencialmente se me había comunicado aquella noticia, que era la suma de mis deseos, entré alegre en mi casa y á mi madre díjele lo escuchado.—¡Yo misma iré á ver á las Madres!...—contestóme. Y sobrado impaciente, aguardé por espacio de una hora su regreso. Volvió mi madre y me dió esta desalentadora respuesta:—¡Hijo mío, las Madres no necesitan ya sacristán!...—¿Cómo ha de ser!, pensé. ¡La Virgen no me ha considerado digno de este favor!... Con esa pena salí aquella tarde y entré, sin saber por qué, en la iglesia de las Comendadoras. El sacristán, un viejecito encorvado y calmoso, hacía la limpieza.

—¿Sabe usted—díjele—si las Madres necesitarían un sacristán?...

El viejo se quedó mirándome muy fijo.

—¿Le choca á usted la pregunta?—insistí.

—No... no, señor... Lo que me choca, francamente, es cómo ha adivinado usted que, en efecto, el sacristán de esta iglesia va á marcharse porque un hijo suyo se casa, cuando esc sacristán, que soy yo, no ha dicho aún á las Madres una palabra... Pero hay más, y es que ahora, pudiendo yo decirles que usted queda en mi puesto, ya no me da reparo que lo sepan...

¡Y así—concluye diciendo Ferrándiz—me dió la Virgen Santísima un pedacito de pan para mi madre!...

El prelado de Madrid anuncia para el día 10 la publicación de la carta del Sr. Ferrándiz, que esperamos.

El número próximo de EL MOTIN tratará discretamente de este asunto.

JUAN HUS

Quinto centenario de su sacrificio (1415-1915)

La capilla de Belén, de Praga, antes de ser demolida, había sido cerrada al culto en 1788. Durante siglo y medio (desde 1620) había pertenecido á los jesuitas.

Desde su fundación tenía como misión particular, la predicación en el idioma checo del país: con lo cual se atraía la masa popular y las clases menos doctas, y en consecuencia, la rivalidad de la catedral y de las parroquias.

En 1402 fué nombrado capellán de la capilla, Juan Hus, joven de treinta y dos años, llevando solo uno de sacerdocio y dos de rector de la Universidad de Praga, á la sazón muy acreditada, en cuyas aulas el joven maestro brillaba por su sabiduría.

En el púlpito de Belén, el capellán hizose el orador de moda. A sus sermones acudían hasta colmar el templo, capaz de contener tres mil oyentes, así el humilde artesano, como la propia reina, que le hizo su confesor, y el arzobispo que lo nombró predicador sinodal.

En este cargo y ejercicio operó Juan Hus su conversión á Jesucristo: conversión que le obligaba á dolerse de los vicios y pecados de su juventud, entre los cuales confesaba «la depravada ambición que le había llevado á ordenarse, para gozar de vida regalada y poder sobresalir entre los poderosos.» Mas, al propio tiempo que operaba su conversión religiosa cambiando el deseo de figurar por el de «ganar para Cristo las almas», cobró odio á los que encontró ser los principales enemigos de la obra de Cristo y corruptores de su doctrina en Bohemia: el dominio tudesco y el clericalismo.

Fiel á esta convicción dirigió su campaña contra ambos enemigos, predicando el nacionalismo y el anticlericalismo, á la sazón encarnado por el alto clero.

Fustigó implacable los vicios y corrupciones de los cardenales, de un modo especial, su avaricia, simonía, crueldad, soberbia y vanidad; y en el clero combatió el servilismo con los grandes, su altanería con los humildes, su afán de ocupar siempre y en todas partes el primer lugar, el comercio ruin de las cosas espirituales y su apostasía hipócrita de las doctrinas y del espíritu cristiano.

No fueron sordos á sus acusaciones los germanizantes ni los clericales, quienes, no pudiendo combatirlo con razones, se concitaron para destruir las razones del impetuoso propagandista, con las consabidas armas de la calumnia, de la difamación, del proceso, y, por fin, de la muerte, que es la mordaza de toda elocuencia.

Juan Hus debía morir para que los otros pudieran vivir su vida escandalosa y tiránica. Para matarlo, convenía hacerlo pasar por hereje (el hereje era el anarquista de la época).

Fueron espiados sus sermones por agentes de las autoridades clericales; fueron requisados sus escritos, sus cartas, sus cantares, sus poesías y sus disertaciones (á la sazón no había imprenta); y ¡cómo no! los mayores teólogos hallaron muchas herejías en Juan Hus, y este hallazgo fué cotizado ante el clericalismo dominante como servicios extraordinarios y gruesas prebendas.

Fuó condenado á muerte (6 de Julio de 1415).

Del proceso y suplicio, dan idea los relatos de las escenas de su degradación y muerte.

La ceremonia de la degradación era tierna y conmovedora. Hela aquí descrita por un historiador:

«Los obispos lo revistieron con los hábitos sacerdotales, y le pusieron un cáliz en la mano como si debiera celebrar la misa.

Una vez vestido, exhortáronle de nuevo los prelados á retractarse por la salud de su alma y por su honor; pero él, volviéndose hacia el pueblo, declaró altamente que no quería escandalizar y seducir á los fieles con una falsa abjuración.

Los obispos lo hicieron bajar de su banquillo, y le arrebataron de las manos el cáliz, diciendo:

—«¡Oh, Judas maldito!, que abandonando el concilio de la paz, has entrado en el de los judíos; nosotros te arrebatamos este cáliz lleno de sangre de Jesucristo.»

—«Yo espero de la misericordia de Dios, respondió Juan Hus, que desde hoy beberé su cáliz en su reino, y que en cien años responderéis ante Dios y ante mí.»

Los vestidos sacerdotales le fueron arrebatados unos después de otros con el mismo ceremonial y variedad de maldiciones. Cuando estuvo despojado, raspáronle con una navaja las yemas de los dedos y el lugar de la tonsura, y le pusieron en la cabeza una coraza piramidal de papel, en que había pintados diablos espantosos con esta inscripción en medio: EL HERESIARCA. Entonces los prelados entregaron su alma á los demonios diciendo: *Animam tuam diabolis commendamus*. Pero Juan Hus encomendó su alma á Dios, y dijo en voz alta:

—Yo llevo con alegría esta corona de oprobio por amor del que por mí la llevó de espaldas.»

La Iglesia desde aquel momento se desprendió de él declarándolo seglar, y lo entregó al Emperador, quien mandó al Elector Palatino, vicario del imperio, lo entregase á su vez al magistrado de Constanza, el cual á su turno lo puso en manos de los verdugos.

Marchó al suplicio seguido de los príncipes, escoltado por 800 hombres armados y rodeado de un pueblo inmenso.

Al pasar delante del palacio episcopal, Juan Hus vió una gran hoguera en la que se quemaban sus libros, y se sonrió al contemplarla.

El sitio del suplicio era un prado inmediato al arrabal de la ciudad. Cuando llegaron, Hus se arrodilló y rezó algunos salmos, frente á la hoguera que debía consumirlo. El sacerdote destinado á confesarlo le dijo que abjurara sus errores primero, porque un hereje no podía dar ni recibir los sacramentos; á lo que Hus respondió:

—«No me siento culpable de ningún pecado mortal, y pronto á comparecer ante Dios no compraré mi absolución por un perjurio.»

Quiso hablar al pueblo en alemán, pero el Elector Palatino se opuso.

Mientras rezaba con los ojos alzados al cielo pidiendo el perdón de sus enemigos cayósele la coraza de papel; pero los soldados la recogieron y se la volvieron á poner, diciendo que debía ser quemado con los diablos á quienes había servido.

Clavaron en tierra una gran estaca, á la cual lo amarraron muy bien, y como por casualidad estaba con la cara vuelta hacia el Oriente, algunos tuvieron algo que decir por ser hereje y lo volvieron hacia Occidente. Pusieron haces de leña y paja bajo sus pies y alrededor de su cuerpo. El Elector Palatino, acompañado del conde de Oppenheim, mariscal del

EL MOTÍN



Juan Hus, contesor de la Reina y predicador sinodal, quemado por la Iglesia en Constanza el 6 de julio de 1415.

imperio, invitó por última vez á retractarse; pero él respondió:

—«Tomo á Dios por testigo de que nunca he enseñado ó escrito las herejías de que me acusan falsos testigos: yo he hecho mis discursos y mis escritos con el único pensamiento, con el único objeto de arrancar las almas á la tiranía del pecado. Por esto, yo sellaré hoy alegremente con mi sangre la verdad que he enseñado, escrito y publicado, y que está confirmada por la ley divina y por los santos Padres...»

Encendieron la hoguera.

—«¡Jesús, hijo de Dios vivo, ten piedad de mí!», dijo Juan Hus.

Y en medio de sus crueles tormentos, se puso á cantar un himno. Las llamas lo rodearon por todas partes y todavía se le vió durante algún tiempo moviendo los labios como si rezara, aunque el ruido y chisporroteo de la hoguera impedían oírlo.

A medida que consumidos por el fuego se desprendían los miembros del tronco, los verdugos los metían de nuevo entre las llamas hasta que no quedaron más que cenizas, que fueron después arrojadas al Rhin.»

Con esto parecía terminada la historia de Juan Hus. Pero, no: murió sólo en apariencia. Murió la persona y surgió el ídolo. Su patíbulo fué la cuna y bautizo del partido husita, que perdura hasta nuestros días, que ha elevado la figura de su jefe á la categoría de campeón de la nación bohemía y á héroe de la patria y de la Humanidad.

Para la Iglesia es uno de los espectros más fatídicos; para el clericalismo un fiscal implacable; para la tiranía política un anatema perenne.

Aun en plena guerra europea, entre el formidable incendio universal y entre el estruendo de los cañonazos, se ven las llamas de la hoguera y se oye el chisporroteo de los tizones en que murió el sabio, el patriota y el virtuoso Juan Hus.

Obstetricia teológica

Cierto articulejo mío publicado en un diario de Barcelona acerca del purgatorio y del infierno, al cual enviaban los Santos Padres y teólogos antiguos á los niños que morían sin bautismo me ha valido algunas cartas de madres cristianas que se mostraban horrorizadas de tales teorías.

Procuraremos atenuar su espanto, pues la Iglesia ¡nos quiere tanto! ha sabido hallar mil medios ingeniosos para que el diablo quede burlado y las presas se le vayan de la mano.

Todo cristiano, hombre ó mujer, puede bautizar á un niño en peligro de muerte. Sin embargo, el feto animado puede morir antes de que se le haya podido administrar el bautismo y en este caso se condena. ¡Qué horror! No había más remedio que buscar un alivio á tanto mal.

Los teólogos buenos, que no son lo mismo que los buenos teólogos, se preguntaron: —¿Puede bautizarse al niño en el claustro materno?

La cuestión no era tan fácil de resolver como parece; cuando el niño asoma al exterior, la ablución puede hacerse sobre la parte que se vea, pues no es preciso que el agua caiga sobre la cabeza, y el bautismo es válido. Pero ¿y si no se ve nada de él y hay peligro de que muera en el claustro materno?

En este caso no hay que pensar en hacer la ablución sobre la madre, porque el niño es un ser distinto y es preciso que el agua le toque. ¿Podría utilizarse un instrumento, una sonda para que el agua llegara hasta el niño? Pero aquí hay una seria dificultad: si el niño renace por el bautismo, puede renacer antes de nacer? San Agustín y San Isidoro se declararon en contra de este bautismo antes de nacer.

Pero hubo Santos Padres más piadosos y dijeron: «Puesto que el niño vive lo bastante para ser condenado, también vivirá lo necesario para ser devuelto á la vida espiritual.» Se le puede bautizar con una sonda, con la mano, etc. Así lo decidió Benedicto XIV, el gran amigo de Voltaire. Pero, ¿cómo hacer esto? Los sabios antiguos no se anduvieron con chiquitas y no encontraron nada más sencillo que abrir el vientre de la madre. El P. Breyné dice «que el sacerdote rompa la bolsa de las aguas y que esta operación se haga con el dedo». El cardenal Gousset, en su *Teología Moral*, todavía lleva los escrúpulos más lejos:

«Cuántas veces se suponga que una mujer ha experimentado aborto, debe examinarse con cuidado si los loquios ó otra materia sólida encierran un feto, pues en la duda de que el aborto viva, debe bautizarsele inmediatamente.»

El cardenal exclama contristado:

«Cuántos fetos abortivos, por ignorancia de las comadronas y madres, recibe la letrina cuyas almas verían á Dios eternamente si se les hubiera bautizado!»

He aquí lo que puede una gota de agua introducida con la sonda de Pourcaugnac; más, mucho más que la bondad y la justicia divinas.

¿Y si nos halláramos ante el conflicto de que no se pueda bautizar al niño sin peligro de la vida de la madre? Aquí la Iglesia resuelve al punto la dificultad.

«El orden de la caridad exige que se prefiera la vida espiritual del niño á la vida de la madre.»

San Alfonso de Ligorio dice más:

«Cuando una madre en peligro de muerte puede esperar que el feto la sobreviva, está obligada, bajo pecado mortal, á abstenerse de todo remedio que pueda salvarle la vida, amenazando la del feto. En ningún caso se podrá salvar á la madre con perjuicio del hijo apenas formado.»

El P. Breyné añade que el cura está obligado en esos trance á hacer presente á las madres el peligro que tienen de condenarse si no exponen su vida para que el feto sea bautizado. Todos los teólogos son partidarios de la operación cesárea á todo trapo y aun de la sección abdominal. Bautícese al embrión, aunque la madre perezca, porque la vida espiritual del niño es mil veces preferible á la vida temporal de la madre.

Los jesuitas en su *Teología* de Wurtzbourg emitieron la opinión de que el niño no tiene alma *inmortal* hasta que sale á luz; pero esto que ellos decían, no para evitar todas las trágicas consecuencias de estas doctrinas sobre el bautismo sino para excusar los abortos, no fué aceptado por la Iglesia.

El cardenal Gousset ha dicho:

«En la moral no distinguimos el feto animado del inanimado; lo probable es que la animación comienza en el momento mismo de la concepción.»

Ya ve el lector cuán delgado hila la Iglesia en esto del bautismo, del pecado original y del purgatorio, ó, mejor dicho, del infierno, relacionado tan íntimamente con él. Padres, esposos, ya podéis ver que para la Iglesia vale más un montón de carne informe, al que se le supone animado de un alma inmortal, que la vida de vuestras hijas y esposas. ¿Qué preferirías vosotros en un caso tal? ¿Que se muriera vuestra hija ó esposa ó que cayeran unas cuantas gotas para asegurarse el cielo á un niño ó embrión de vida hipotética?...

En el claustro materno fui bautizado yo y durante el período de exaltado misticismo que padecí en mi juventud, misticismo que me metieron en la mollera los jesuitas, pasé con frecuencia ratos muy amargos pen-

sando: «¡Gran Dios! El comadrón que me bautizó, ¿lo haría bien? ¿Estaré realmente bautizado? Porque si así no fuera, todos los demás sacramentos que he recibido serían nulos y sin valor alguno.» Y esto me causaba terribles angustias, porque siendo el bautismo la puerta de entrada para todos los sacramentos si está rectamente administrado, ninguno de ellos tiene valor ni causa efecto alguno. Yo sé de un caso de cierto señor que queriendo anular su matrimonio buscó al comadrón que le había bautizado en el claustro materno y éste declaró que no había pronunciado las palabras sacramentales porque no creía en estas cosas. Resultaba oficialmente que no estaba bautizado, que no era cristiano, y, por tanto, sus confesiones, comuniones, matrimonio, etcétera, eran nulos. Se le propuso bautizarle, subsanar *in vidice* todo aquello; él no aceptó y el matrimonio fué declarado nulo. Lo mismo sucedió con un sacerdote que quiso secularizarse en aquel momento.

La Iglesia era en estos casos cogida en sus propias redes y doctrinas, tan fecundas en enredos y logomaquias.

Enredos y brechas que afortunadamente para ella no son del dominio público y sólo conocen los que han vivido dentro de sus muros, que son para ella los enemigos más terribles cuando se declaran en rebelión, pues están en posesión de todos sus secretos.

FRAY GERUNDIO

DESDE PARIS

¡Apaches! ¡Espías!

¡Apaches! ¡Espías! ¿A quién? Cuando la prensa francesa encabeza un artículo con esos piropos... no hay que preguntar quién es la víctima... Si eres español, habitas en París y no te dejaste la vergüenza en los Pirineos al abandonar tu patria, dobla el periódico, métetelo en el bolsillo y rásgalo.

No es, ciertamente, el pueblo francés el que odia á los españoles y desprecia á España. No. El pueblo francés tiene una mala idea de los españoles, pero nada más. Y tiene esa mala idea de nosotros, porque no ignora que el cura es la suprema autoridad en todas las familias y que los *kolosales* Belmonte y Joselito son los caudillos indiscutibles del cuerpo electoral.

Pero, francamente, el pueblo francés más bien nos quiere que nos odia. Verdad es que odia á un enfermo... no es propio de caballeros, ni siquiera de hombres medianamente civilizados.

Quien nos trata como á perro sin dueño es la prensa, los periódicos de París. La prensa parisina habla de España de una manera que me río yo de los chaparrones de injurias que los catalanistas de antaño arrojaron sobre la villa del oso y del madroño. Aquello fué un ligero goteo...

No hace muchos días *L'Œuvre*, diario de París, comentando la aparición de uno ó varios submarinos alemanes en aguas españolas decía que los *apaches* españoles deshonran con su presencia los grandes boulevares. Menos mal que no pedía nuestra cabeza. Tal vez sea una razón el que teme el colega, que si los españoles fuéramos decapitados en los restaurants servirían la *nourriture* sin haber fregado los platos previamente. ¡Es tan triste el destino de los españoles indigentes en esta vieja Lutecia!

Y esto no es nada, para lo que nos decía *Le Journal* el día que fueron detenidas, en una población próxima á la frontera española, dos cajas llenas de mon-

das de cobre francesas de cinco y diez céntimos. *Le Journal* nos ponía que no había por donde cojernos. ¡Claro! *Le Journal* suponía que las piezas de cobre las querían en España para hacer cartuchos para los austro-alemanes. ¿Por qué no suponer que algún matemático español ó francés vió que haciendo pasar cien mil francos en *sous*, en España, estando el cambio como está, podía ganar cien mil perras gordas?

Hacen mal los periodistas franceses metiéndose con los españoles, con el desgraciado pueblo español, con ese pueblo que á pesar de estar embrutecido por curas y toreros no ha dejado de ser noble y sincero amigo de Francia. Y que es amigo de Francia lo demuestran los que van á la cárcel y al destierro por combatir la neutralidad que el gobierno dinástico impone á la nación.

¿Por qué no se mete la Prensa con el gobierno neutral? ¿No sería eso más justo que el maltratar á los pobres españoles que buscan en Francia un asilo que les resguarde de la miseria y de la injusticia? Eso sería lo lógico. Pero la Prensa de París cree lo contrario, y mientras baquetea á los exentos de culpa, acaricia y jalea á los únicos responsables, á Dato, á sus compañeros de gabinete, y hasta presenta *Excelsior* como modelo de pensadores y de desinteresados amigos de los aliados, á Maura, al asesino de Ferrer, á ese que nos deshonró ante el mundo civilizado, Bélgica, la noble aliada de Francia, puede dar razón.

Caballeros no empujar... más memoria y menos mala intención. La historia juzgará á España—al pueblo y al gobierno—. Aun no es hora de ajustar cuentas. ¿No es cierto?

FERNANDO PINTADO
París, Diciembre 1915.

DEL CLAUSTRO

Cómo se entra y cómo se sale

A la bellísima y angelical señorita García Palomeque, por otro nombre María Antonia.

Angelical María: Estaría de Dios y sería por esto de ahora, que desde hace tiempo atraía mi atención ese bello rincón, el más pintoresco de la linda calle de la Princesa.

Para sus discretos no querían mejor nido los traviesos amorcillos, ni trazaban plano más genial para su morada. Todo es ahí caprichoso, infantil y lindo, como los artefactos de los niños jugando á hacer casas. El propio desconcierto y abigarramiento, molestos en otros lances, dan á ese el más bello tono de la unidad en la variedad instantánea del capricho. Es un juego de amor, y de amor pintoresco, alegre, joven, voluble é inocente.

Su contraste con la «fortaleza de los jesuitas» que hay allí cerca, culminada por la pretenciosa torre del Homenaje, supervivencia espiritual del caduco y tenebroso feudalismo; su contraste mayor con el aspecto carcelario del caserón de las vecinas *Adoratrices*, que inconscientemente han reflejado en lo exterior del edificio la lobreguez del alma de su Instituto; su no menor contraste con las *Trinitarias* y *Esclavas* y aun con los claretistas, esqueléticos y opacos; ese con-

traste con los afines religiosos, da á ese convento un aire matinal, refrigerante, tónico y aromático.

Y todo ello, acentuado por el misterio de los concurrentes, de los salientes y entrantes, de aspecto indefinible: de mujeres tocadas de monja con su punto de mundanalidad, ó ataviadas á lo mundano con su olorillo á monja.

Mil veces me paseé frente á ese rincón encantador, imaginando desde afuera los encantos de adentro. Sobre todo los de los espíritus ahí encantados.

«Concepcionistas» se llaman las monjas.

No hay título más sugestivo. ¡La concepción! El gran misterio de la vida! La escena culminante de la vitalidad! La que da eternidad al tiempo, inmortalidad á lo perecedero y perennidad á lo efímero. ¡La concepción! La unión de los reóforos electro-vitales, que establecen la corriente sutil y divina entre el más remoto principio y el más lejano fin! La concepción, que es en la vida del linaje y de la especie, lo que la palpación á la vida del individuo... (1)

Ahí, sobre ese punto del universo, está enfocada inamoviblemente la imaginación de las monjas. La contemplación de ese punto misterioso es un oficio mental y la profesión de sus sentimientos. Su objeto es «concebir imaginariamente la concepción...»

Pero ¿en cuál de sus innumerables formas?

Los concepcionistas antiguos, adoradores de este misterio, idealizaron la grandeza, sublimidad y pureza de este grandioso sacramento, en la copulación entre el Sol y la Luna, de cuyo amor brotara la tierra y cuyos rayos fecundantes esparcían los gérmenes de la vida.

Las concepcionistas de hoy, tienen por punto de imaginación y meditación un hecho histórico: la concepción humana, en el caso de María, la Madre de Jesús, concebida en la ancianidad extrema de unos padres que consideraban ya estériles sus amores.

¡Extraño punto de meditación ofrecido á la fantasía de una joven doncella y mística, ardiente como joven, curiosa como doncella é irritable y fulminante como mística!...

Si no estuviésemos en España, ó si en España fuese lícito razonar y defender la moral, diría que no cabe aberración mayor ni mayor atentado á la moral, que esta institución, sólo tolerable para mujeres casadas y aun diría que para madres de familia. Pero... ¡estamos en la España cuyos fiscales á lo mejor llaman escarnios á Dios, á las defensas de la seriedad de Dios contra los escarnios grotescos de sus explotadores y monopolizadores!...

II

En los diarios católicos del 8 de Noviembre, leo esta noticia:

«Ha vestido el santo hábito en la casa noviciado de las religiosas Concepcionistas de la Enseñanza (Princesa, 15) la bellísima y angelical Srta. María García Palomeque, hoy hermana María Antonia.

«La novicia, ricamente ataviada, despojóse de sus joyas para recibir el sagra-

(1) Estando componiéndose este artículo se reciben en la redacción las primeras entregas del libro *Biomechanic or definition of a new Era* de Antonio B. Massioti proclamando valientemente esta doctrina como dogma fundamental de una nueva religión científica.

do hábito de manos del visitador de religiosas, de la Rma. M. Providencia, generala del benemérito Instituto, y de don Javier López de Abeleda, dignísimo capellán del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón.

«Actuó de madrina la también bellísima y angelical Srta. Amparito, hermana de la novicia.

«Al final pronunció conmovedora plática el P. Legisima, franciscano, que emocionó al numeroso y selecto concurso.»

La noticia me ha preocupado...

Por muchas razones y por muchas circunstancias, y decidí dedicar á usted esta carta que no leerá.

Recordé primeramente que en otros tiempos yo fui predicador de esas tomas de hábito. Recuerdo: debuté en la de una carmelita descalza. Estoy viendo todavía aquella *mise en scena*, aquel aparato teatral, aquel espectáculo de refinado estudio, que no va á la candida, ni á las monjas, ni al asunto, sino á las «espectadoras» para seducirlas á la imitación...

Y yo recuerdo que la preocupación del orador debutante, era *predicarse á sí mismo*, acreditarse ante las Madres que habían de encargar otros sermones, y por tanto *seducir* á las doncellas concurrentes á la fiesta...

Y me avergüenzo todavía de aquel pecado...

También decían de mí los periódicos: «pronunció conmovedora plática». ¡Y tanto que conmovía, á la siempre móvil mujer, en la edad más móvil y con un espectáculo teatral estupendamente conmovedor!...

La estoy viendo á usted «ricamente ataviada» con atavíos quizás prestados ó sacados de una sastrería de teatro, que á su vez han servido para bodas de comedia ó para bodas de alguna cortesana.

¿Si pudiesen hablar esos atavíos! ¿Qué contarían de las que los vistieron antes, y qué contarían de usted?... ¿Qué sensaciones transmitía su corazón al manto, en sus palpitaciones durante la fiesta?... ¿Qué pensamientos bullían en su cerebro? ¿Cuáles sentimientos en sus futuras hermanas? ¿Cuáles en su familia? ¿Cuáles en el público?...

¡Ah, señorita!... Si hubiese una cámara cinemática para recoger los movimientos de las almas, como las hay para el de los cuerpos...

III

Respetemos el sagrado de la conciencia.

Ya supongo lo que habrá dicho el orador: que usted abandona el mundo para afianzarse la gloria del cielo; que sólo la movía á usted á venir al claustro el amor del esposo Jesús y el asco á los terrenales deleites... ¡Lo de cajón!

Ya se ha segmentado de su familia para incorporarse en la familia religiosa. Ya ha renegado del amor y ha condenado al sepulcro del voto el anhelo de la carne. Ya ha huído del mundo de la naturaleza, y entrado en el mundo de la religión...

Ya está en el vestíbulo del cielo.

Mas ¡ay! cuán larga la antesala que la espera...

Cree hallarse en el puerto seguro de salvación. ¿Está segura de ello? Quizás se equivoque...

Tres eran los enemigos de su santidad, fuera del claustro: el mundo, el demonio

y la carne. ¿Está ya libre de estos enemigos?

No. El claustro está también en el mundo. Es un mundo distinto, pero mundo como el otro; mundo donde tienen celda todos los pecados capitales, la soberbia sobre todo, la avaricia, la lujuria, el rencor, la envidia y la molición...

No visten trajes profanos: andan vestidos de religiosa. Antes que las monjas, vistieran el hábito los Pecados capitales, para vivir la regla de la Hipocresía. Ahí tendrá usted el mundo empeorado, con puertas que la impedirán salir, con rejas que no podrá romper; ahí vivirá encerrada con los Pecados enfurecidos y rabiosos, como cautivo encerrado en jaula de fieras...

¿Y la carne? Ah, señorita: usted no conoce á ese enemigo cuando se enfurece. Usted no sabe cómo se apodera del espíritu y se entroniza en la imaginación y destierra toda otra imagen, y establece su obsesión permanente y continua...

Esa carne... usted no la ha dejado. La lleva dentro del claustro. Se encierra con ella y se la enrosca en su ser y se propone atormentarla y hostigarla... ¡Quién vencerá!

¿Y el demonio? Ahí lo tiene usted dentro, antes de que usted entre. Es el profeso más viejo. El corruptor de novicias inocentes, el alcahuete de las corrompidas, el atizador del instinto perverso...

¡Ahí se ha metido usted... con su belleza angelical!... Ha entrado bellísima, ricamente ataviada y acompañada de músicas y cantos... a contemplar imaginariamente la concepción en diálogo perpetuo entre el útero febricitante y la fantasía calenturienta... ¡Terrible diálogo!...

IV

¿Cómo saldrá del convento?

¡Quién lo sabe!

El mismo día que la Prensa de Madrid publicaba la noticia de su toma de hábito, la *Región Cantabria* publicaba el relato de la salida de una religiosa del convento del Monte.

No salía: escapaba.

No le franqueaba el paso la puerta; saltaba por la tapia de seis ó siete metros de altura. No llevaba atavíos, ni tenía la belleza del ángel. No había público invitado, ni predicador que explicase el misterio.

Huyó y no se sabe lo que fué de ella.

Acabó en el hospital ó en el manicomio, como la monja gerónima de Barcelona?

No he visto la tapia del convento del Monte de Santander. Vi en cambio la del convento de Mataró que saltó otra monja. No he hablado con la fugada del santo asilo; pero he hablado con otras muchas. Si usted algún día quiere fugarse con solemnidad, avíseme: yo me ofrezco á pronunciar una sentida y conmovedora plática. Y si invitan al acto á todas las profesas de los conventos, yo aseguro que el selecto concurso saldrá emocionado de veras.

Que ¡ay! el ingreso en el claustro se presta á mucha poesía; su salida es siempre una honda tragedia...

La prensa católica nos relata las fiestas de la entrada, y calla los lutos de la salida. Así entran alegres en la ratonera los ratones... Entran alegres como novicias y salen espantados como monjas fugitivas... Entran por la puerta principal y es-

capan por donde pueden, cuando escapar logran.

Si algún día huye usted, linda señorita, no la llamarán «bellísima y angelical» los cronistas piadosos. Su belleza y candor quedarán ahí dentro.

Llamaránla monstruo horrible y pose-sa del diablo. Del mismo diablo, que profeso en la Regla antes que la profesara novicia alguna...

V

En adelante, cuando pase por la calle de la Princesa, miraré la tapia que cerca el lindo jardincito, y miraré si se asoma por ella su semblante angelical y bellísimo.

Pues más que las que entran engañadas, nos interesan las que salen desengañadas. Que ¡ay! si hay por el mundo doncellas que llevan sus cuerpos tocados de mundanas, y tienen el espíritu ahí dentro, monjas hay cuyas tocas monjiles sirven de cárcel á espíritus que viven acá fuera.

Y estas envidian la suerte de aquellas, como aquellas envidian la suerte de estas.

Subscripción para comprar

libros de "El Motin"

Recibido en esta Administración:

	Pesetas
Mariano Flores (Talavera la Real).	5'00
A. S. (San Sebastián).	4'00
Adolfo Gold (Madrid).	5'00
Nemesio Villodas (Sopuerta).	2'00
Gregorio Abad (Santa María del Berrocal).	2'00
Torbio de Escalada (Pescuquera de Ebro).	5'50
Emilio Francos (La Espina, Oviedo).	37'50
Esteban Beltrán (Montoro).	5'00
Casino de Artesanos (Baza).	64'00
Varios republicanos federales (Linares).	25'00
Enrique Zotes (León).	4'00
José Castillo (Cortes).	14'00
Antonio Martín Ayuso (Málaga).	19'00
Centro Republicano Solle- rense (Soller).	25'00
Andrés Roca (Madrid).	10'00

En El Radical:

Aquilino Sánchez Díaz.
Fernando Díaz.—Manuel
Garnacho.—Emilio de Francis-
cisco. Alfonso Alonso. Ci-
riaco Meco.—Pedro Her-
nández.—José Valero.—Franc-
cisco Arnau.—Eugenio Her-
nández.—Luis Nicolás.—Hi-
lario de la Cruz.—Santiago
Hervás.—Antonio Segura.
Agustín Garrido.—José Be-
nito.—Antonio Nicolás.—Fer-
min Villalva.—Ventura Valde-
demoro.—Feliciano Valdeo-

livos.—José Ladrón.—Paulino Palacios.—Juan Palacios.—Joaquín Palacios.—Jacinto Domínguez.—Esteban Gabriel.—Ignacio López. Patricio Alameda.—Vicente Hernández.—Isaac Gil.—Antonio del Pozo.—Ramón Soriano.—Cesáreo López.—Doroteo Panero.—Julio González.—Manuel Parasuelos. Mariano Marqués.—Juan López. José Buergo.—Dionisio Rico. Lucas Pérez. Zenón Martín.—Modesto López.—Pedro Pérez. Guillermo Moreno.—Lucianita Carlero. Adela L. de las Heras. (Total de todos).

23'00

La Región Cantabria

Del 20 de Octubre.

Antonio Orallo.— Julián Hontavilla Miranda. (A 2 pe- setas)	4'00
Francisco Salazar.	0'25
Germán Alvarez S. Martín.	1'00
E. S.	0'10
Luis Radical.	0'25
J. M.	0'10
Manuel Trabadelo.—Manuel Melero. (A 25 céntimos).	0'50
Ramón Lombra	0'20
Alfredo Haza	0'10
Melitón Jimeno.	1'00
Francisco García.—Andrés Zabaleta. (A 30 céntimos)	0'60
Emilio Cagigal.	0'25
Marcelino Méndez.	0'10
Enrique Peláez.	0'25
Esteban Gutiérrez Castañe- da	0'30
Antonio Díez	0'20
Paco Sombrerero.	0'50
Felipe Padons	0'25
José García	1'00
Agapito García.—Rosario Yara. (A 50 céntimos).	1'00
Eduardo Palacios	0'25
Cándido Parra	0'10
Emilio Fernández.	0'20
Del 23 de Octubre	
Germán Aguilar	1'50
Félix Redondo.	0'25
Un admirador de Nakens (Los tres del penal de Santoña.)	0'20
Enrique Marín	0'50
Cosmos	0'25
Seis doble	0'10
Alejandro Castro Lavín.	2'00
Julián Herrero.— Sebastián González. (A 25 cts)	0'50
Angel Muriedas	0'30
Ramón Alvarez.	0'25
Antonio J. A.	0'30
Del 26 de Octubre	
Isidro Palacios.	5'00
Galo Alonso.—Gómez Pé- rez. (A 50 céntimos)	1'00
Del 28 de Octubre	
Jenaro Cárcamo	0'20
Uno	0'25
Un ferroviario.—El secreta-	

rio Cagigal. (A 20 céntimos)	0'40	Regalado.	0'50	Norberto Bacigalupi Arriola.	0'25
Isidro Escolano	0'25	Setién.	0'55	Juan Mijancos	2'00
Félix Martínez	0'50	Bezanilla.	0'50	Un entusiasta	0'50
Juanito Salazar.	0'25	Coterillo	0'25	Pilarín Ganza	0'25
Prudencio San Emeterio	0'20	Girao.—J. La Calle. (A 50 céntimos)	1'00	Luis M.	1'00
Francisco Carrero.	0'25	Pedro Mur.—Aurelio Mur.—Clotilde Mur. (Todos á 10 céntimos)	0'30	Juan Antonio Torre.	2'00
Saturnina Salazar.—Guillermo Salazar.—Enrique Salazar.—Gloria Salazar.—Matilde Salazar. (Todos á 15 céntimos)	0'75	Francisco Badía	1'00	Angel Zurita.—Juan López. (A 50 céntimos)	1'00
Nemesia Portilla.—E. S. (A 25 céntimos)	0'50	Luciano Moreruella	0'10	Del 4 de Noviembre	
J. C.	0'10	Maximino Molleda.	0'20	Una de Cueto	0'25
Francisco Casado.—Luis Radical.—José Aguirrezabal.—Manuel Cortés del Valle (Todos á 25 céntimos)	1'00	Andrés San Segundo.	0'25	Félix Alonso (de Regules)	0'50
Timoteo García	0'40	Santiago Pelayo.—Eugenio Alonso. (A 20 céntimos)	0'40	Ramón Corces (Llanes)	1'00
Serafinito	1'00	Uno.	0'50	Del 7 de Noviembre	
Un sereno particular.—Pío Noriega. (A 25 céntimos)	0'50	José Botalla.	0'20	Juan Cerca.—Victoria Pérez.—Francisco Cerca.—Indalecio Cerca.—Juana Cerca.—Cándida Cerca.—Laura Cerca (Todos á 10 ctms)	0'70
M. E.—Marcelino Hoyal. (A 20 céntimos)	0'40	Antonio León	0'50	M. A.—M. Beci (A peseta)	2'00
Florencio Manrique	0'30	Leoncio López	0'20	Miguel Echevarría.—Domingo Munitas (A 25 cts.)	0'50
Teófilo Garibe	0'25	Luis Ganza.—Francisco Alonso. (A 1 peseta)	2'00	El, ella y yo.	0'50
Palmira Garibe.—Teresa Garibe.—Matea Garibe. (Todas á 10 céntimos)	0'30	José Aparicio	0'25	Romualda Revilla.	0'10
José Restegui.—Gregorio Riancho.—Francisco Aldomar. (Todos á 25 céntimos)	0'75	Luis	0'20	Elisa Aedo de Salaverri.	0'50
Del 29 de Octubre		Antonio Roig	1'00	Luisa Salaverri.	0'20
Juliana García y García.—Juliana García Fernández Villarrenaga.—Eleofredo García Fernández Villarrenaga.—Eloisa García Fernández Villarrenaga.—Josefina García Fernández Villarrenaga.—Adolfín García Fernández Villarrenaga.—Josefa Fernández Villarrenaga. (Todos á 10 cts.)	0'70	Felipe Palacios.	0'20	Mariano Salaverri.	0'25
Eduardo Fernández	1'00	Narciso Bravo.—David San Segundo.—Manuel Pérez.—Serapio Bezanilla. (Todos á 25 céntimos)	1'00	Alfonso Salaverri.—Felipe Salaverri. (A 20 céntimos)	0'40
Zacarías Isla	0'50	Ricardo Fernández	0'30	Francisco Salaverri	0'50
Celestino Linares.—Pablo Barba. (A 25 céntimos)	0'50	Galo Villegas	0'10	Hacer bien sin mirar á quién	0'30
Felipe Ruiz.	0'20	Emilio Serrano	0'50	Antonio Cuerno Toca	0'10
El morito.—Ramón García. (A 10 céntimos)	0'20	Manuel Serrano	0'25	Felipe B.	0'50
Jacinto March	0'25	L. V.	0'30	J. B.—M. S. (A 25 cts.)	0'50
Juan López	0'20	C. M. Fernando Gómez. (A 25 céntimos)	0'50	Santos Solana	0'50
Francisco Setién	0'50	Apolo Bericos	1'00	F. M.	0'25
Un cojo	0'25	Eugenio López	0'25	Miguel Hoyo	1'00
Ezequiel Mantecón.	0'10	Víctor Blanco	2'00	Uno que lee El Motín.—Amalia Miranda.—Antonio Carretero.—Visitación Carretero.—Vicente Carretero.—Manuel Carretero. (Todos á 10 céntimos)	0'60
Ramón Gutiérrez.—Hermenegildo Munilis (A 25 céntimos)	0'50	Justo V. Lastra.	0'20	Del 10 de Noviembre	
Otro cojo.	0'10	Pedro Olea.—Cándido Sánchez. (A 25 céntimos)	0'50	Victoriano Pérez (Noja)	0'25
Uno del cuarto distrito.—Rufino López. Isidoro Casuso.—Un pescador.—Sebastián Valdeoliva (Todos á 25 céntimos)	1'25	Estanislao Graner.—Uno. (A 50 céntimos)	1'00	Jesús San Emeterio (Puente San Miguel)	0'50
Teja	0'50	Rafael Camino	0'25	Uno del séptimo distrito.—M. V.—Toribio Junquera.—J. S. A.—Un trasatlántico.—Un obrero del Muelle. Manuel Rufo.—Otro del séptimo distrito. (Todos á 25 céntimos)	2'00
Uno del seis doble.	0'20	Alejandro Cantero	0'50	Benito García	0'15
Hilario Carlos	0'50	José Herrería.—José Gómez. (A 25 céntimos)	0'50	Pío Polidura.—Natalio Rojo. (A 10 céntimos)	0'20
Del 2 de Noviembre		Juan Rivero.	0'20	S. P.	0'20
Jesús Arce	2'00	Un niño, admirador de Naken.	0'10	Uno que no le han pagado las escobas	0'25
Ramón Cagigas.	0'25	Manuel Lastra.—Ezequiel Echevarría. (A 50 cts)	1'00	Un repatriado	0'30
Varias cigarreras	4'25	Julián Gurria.—Francisco Camino. (A 20 céntimos)	0'40	M. R.	0'15
		Un desconocido.	0'50	Domingo Gutiérrez Cueto	2'00
		Quien te desea el bien.—José Coterillo. (A 25 cts)	0'50	José Gómez	0'50
		Bautista Rosillo.	1'00	Uno del séptimo.	0'20
		Ricardo Revuelta.	0'30	Del 12 de Noviembre	
		Un obrero.—Gerardo M. (A 25 céntimos)	0'50	M. L.	0'25
		Luis Mediavilla.	0'20	V. Z.	1'00
		Pedro Vial	0'10	T. V.—Javier Toca.—A. M. Pedro Vergara.—José Gómez Noriega (Polanco). (A 25 céntimos todos)	1'25
		Ernesto Rivaherrera.	1'00		
		Eusebio Ganza.	2'00		
		Jacinto Bolado.	4'00		
		E. T.	1'00		
		Enrique Benet.	0'50		
		Aquilino Herrero Respaldiza.—Bienvenido Herrera. (A 25 céntimos)	0'50		
		José Blanco.	2'00		
		Bernardo Pedro.	0'50		
		Norberto Bacigalupi.	1'00		

J. Cifrián.	0'35	Jesús Figueras. — Manuel		co Pereda. — Manuel Pere-	
Cara Alegre.	0'20	Pérez (A 25 céntimos). . .	0'50	da. — Angeles Pereda. — Asun-	
V. del Solar. — F. E. B. —		Antonio Flechilla.	0'15	ción Pereda. — Unr. falso,	
R. Quintana. — Felipe Ma-		Guillermo Rojí. — Pedro Ala-		como hay muchos. (Todos	
drazo. — Antonio Guardón.		mo. — Santos Gutiérrez (A		á 10 céntimos).	3'40
(Todos á 25 céntimos). . .	1'25	25 céntimos).	0'75	Un ciudadano del pueblo de	
Un obrero	0'50	Un católico. — Eduardo Re-		Monte	1'00
Manuel Asensio	1'00	villa (A 30 céntimos). . .	0'60	Un admirador	0'25
P. C. O.	0'20	Modesto González	2'00	Angel Díez	0'20
Arce	0'25	Julio Bolado.	0'30	Luis Radical (tercera vez) .	0'25
Ignacio Torres Unquera .	0'50	Arturo Fernández.	0'25	Emilio Díez	0'40
Leopoldo Herrán.	1'00	Manuel Ardines. — D. A. —		Norberto Bacigalupi. . . .	0'20
E. F.	0'30	Maximiliano Bolado. (A 50		Braulio Costales	0'30
F. A.	1'00	céntimos).	1'50	Un suscriptor de El Motín.	2'00
Manuel Hernández	0'50	Emilio Merino.	0'25	José Pérez Gil	0'15
I. E. G.	1'15	M. F.	1'00	Manuel Lameiro	0'20
F. G.	0'25	Gonzalo Iglesias. — E. V. (A		Un ordenanza de Telégra-	
G. M.	2'50	25 céntimos).	0'50	fos. — Luis López. (A 25 cén-	
Un villano.	0'50	S. R.	0'50	timos).	0'50
Uno.	1'00	Emilio Díez. — Manuel Embi.		Uno. — Un hojalatero. — Va-	
M. Cobo y familia.	4'00	R. S. — A. I. (A 25 céntimos).	1'00	lentin Cruz. (Todos á 20	
Del 14 de Noviembre		Antonio Montes.	0'20	céntimos).	0'60
Un librepensador	0'50	Julián Fernández. — Antonio		El cherif de M ^a Talza. . . .	0'15
Valentin Ramos	0'25	Rodríguez. — Primitivo Lan-		Aquilino Martínez.	0'50
R. P. — A. P. (A 1 peseta) .	2'00	za. — Un lector. — Manuel Toca		J. V. — Luis Radical (cuarta	
Del 16 de Noviembre		(Todos á 50 céntimos). . .	2'50	semana). — Manuel Santos.	
Un liberal de Torrelavega .	5'00	Un contrario de Ruano . . .	0'10	(Todos á 25 céntimos). . .	0'75
Gaspar Citoler.	1'00	Del 17 de Noviembre		Avelino Cardín.	0'50
Jaime Fernández. Grego-		C. Lavín.	0'50	Celestino Laguna	0'30
rio del Campo (maurista). —		V. Aspiazu	0'40	Pepe, Antonio y Santiago	
Juan Antonio. — Manuel Ba-		A. Lavín.	0'50	Abrun Somonte.	0'30
da. (Todos á 1 peseta). . .	4'00	A. Lavín. — J. Lavín. — M.		Manuel Torre	1'00
David Llamado.	2'00	Lavín. (Todos á 20 cénti-			
Ramón Díaz. — Francisco N.		mos).	0'60		
(A 50 céntimos).	1'00	Miguel Aguado.	0'10		
José Gandarillas. — José M.		Faustino Izquierdo. — Anto-			
González. — Isidro Feo. (A		nia Navarro. (A 1 peseta). .	2'00		
50 céntimos).	1'50	Jorge Serna. — Joaquín Gó-			
Tomás Feo	0'20	mez. (A 50 céntimos). . .	1'00		
Victoriano García.	0'25	Prudencio Eraizabal . . .	0'35		
María Medrano.	0'10	L. Murillo	0'10		
Rafael García	0'25	Alejandro Agure. — B. M C.			
José García.	0'20	Felipe Sanz. (Todos á 1 pe-			
Mauricio García. — A. Gar-		seta).	3'00		
cía. — Félix Trueba. (A 25		S. S.	0'50		
céntimos).	0'75	Rafael Pérez. — Julio Pérez.			
Francisco Trueba.	0'20	(A 25 céntimos).	0'50		
Mario de Saint Palais. To-		Enrique Camargo. — Aurelio			
más Arce. (A 25 cts.). . . .	0'50	Valle. — Francisco García.			
Emilio Seco.	0'15	(Todos á 10 céntimos). . .	0'30		
Joaquín Manterola. — Victor		Pablo González	0'15		
Elizalde. — Gonzalo Elizalde.		Dos	0'20		
Luis Velasco. — Prudencio		Fabián Ceballos	0'50		
Mico. (A 25 céntimos). . .	1'25	Dos consortes	0'25		
Manuel Mico	0'20	Un federal	1'00		
L. S.	0'25	Agustina Olarriaga	0'15		
Pedro Cantolla.	0'20	Luis Murillo. Laureana			
Antonio S. Pedro. — Juan		Pérez. — Joaquín Murillo. —			
Eguiluz. (A 25 cts.)	0'50	Manuel Eraizabal. — Elisa			
Bruno Alonso	0'20	Eraizabal. — Mariano Eraiza-			
A. L.	0'10	bal. — Vicente Zabala. — Fi-			
Epifanio Mínguez.	0'15	lomena Díaz. — Angel Pacheco.			
C. Arriola. — Manuel Argüe-		co. — Uno. — Otro. — Eduardo			
so. — Manuel Fernández. (A		Pérez. — Luis Murillo. Ari-			
25 céntimos).	0'75	nes Sport. — Serafín Presma-			
Miguel Hernáiz.	0'20	nes. — Atanasio Fernández.			
Vicente Sanz.	0'10	Antonio Herce. — José Gu-			
Julio Escobar.	0'25	tiérrez. — Fidel Vizco. — En-			
Juan Llamas.	0'10	rique Pérez. — Tomás Gar-			
Julián S. Pedro.	0'25	cía. — Gabino de la Torre.			
Simón Varea.	0'15	José María. — Otro. D. I.			
Pedro Varea. — Félix Lan-		— F. I. — Un republicano de			
dazabal (A 25 céntimos). .	0'50	verdad. — Guillermo Pereda.			
Agapito Grande.	0'20	— Miguel Pereda. — Francis-			

ACUSE DE RECIBO

Pleito trascendental. — La herencia de D. Agustín García y los frailes de Onteniente. — De este folleto y otros similares, dará cuenta EL MOTIN en un trabajo especial sobre el «arte de captar testamentos».

Lamentamos no haber podido ofrecer el trabajo al general de los frailes al entrar en Onteniente.

Banco de España

En aquellos tiempos, de feliz recordación, en que los *camarlangos* del Banco de España eran D. Manuel Ciudad y don Benito Fariñas, y formaban parte del Consejo, entre otros, los Sres. López Dóriga, Vázquez Ducipo, Esteban, etc., jamás pensaron los empleados en apiñarse para formar compacta fortaleza en defensa de sus derechos, porque entonces todo era tranquilidad y sosiego, nada malo había que temer de aquellos espíritus magnánimos que fueron sustituidos por otros señores que creyeron necesario mejorar la condición moral del empleado, para cuya eficacia el mejor instrumento era el látigo y el ayuno.

En práctica esta teoría, se implantó el odioso sistema de postergaciones y otras manifestaciones del favoritismo, por virtud de las cuales, los *paniaguados* dan el salto de la garrocha ganando por la influencia el terreno que legalmente pertenecía á otros compañeros más antiguos, quienes, además de perder esos derechos, quedan *estigmatizados*; y por si esto fuera poco, más tarde se reformó el modo de optar á los destinos del Banco, sustituyendo las oposiciones libres y públicas por los concursos á puerta cerrada, mé-

odo este el más acomodaticio á los que se afanan por imponer la ley de *castus*, porque los concursos se prestan á seleccionar los individuos según la condición social de que procedan, y así puede llegar día en que todo el personal sea confeccionado á gusto de los que hoy imperan.

Los actuales empleados, temiendo que esos procedimientos crearan privilegios que pudieran lesionar sus intereses, pensaron en asociarse, y así lo hicieron en calidad de bloque de defensa, formando la «Asociación general de empleados del Banco de España», constituida por acuerdo de la Asamblea general de 7 de Febrero de 1909, que tiene por objeto, entre otras cosas, mantener y mejorar, si cabe, la condición moral y material de sus individuos y *defender los derechos* que correspondan á todos y cada uno de los asociados, por todos los medios justos y legales. Vamos á ver si responde á sus fines.

¿Se sabe de algún caso en que la Asociación de empleados haya acudido en defensa de derechos en que un asociado se considerase lastimado? Uno hay muy manifiesto. En el acta de la sesión que la Junta directiva celebró el 10 de Octubre de 1914, entre otras cosas se leyó una carta dirigida por el asociado D. Manuel García Rodríguez, cobrador en la sucursal de Orense, solicitando ser defendido con motivo de habersele separado del servicio del Banco, y dicha Junta directiva, *levantando los hombros*, acuerda que no procedía entablarse gestión alguna con dicho motivo.

Pues si eso hacen con un asociado, ¿qué harían con el que no tenga el honor de serlo? Si á ese acuerdo llama la Asociación *defensa de derechos*, permítame ese respetable grupo de empleados que les diga que eso es negar *derecho á la defensa*. ¡Venga el expediente de ese desgraciado y convénzase la Asociación si se trata de un atropello motivado por antipatía ó malquerencia! ¡Si á un grillo se le escucha, algo más merece un compañero de trabajo! No es justo que la Junta directiva se cruce de brazos y vea tranquila morir de hambre á ese desgraciado que acude á la Asociación como tabla salvadora.

De otros casos y de otras cosas que afectan á la referida Asociación, me ocuparé en varios artículos.

Y hablando de precedentes:

Los dignos consejeros del Banco de España, y la no menos digna Asociación de empleados, presidida honoríficamente por el Sr. Belda, recordarán del caso de D. Hilario Puertas Crespo, cobrador que fué de la sucursal de Santander. A este individuo, con su uniforme de tal cobrador y ejerciendo sus funciones por aquella plaza comercial, le atribuyeron la comisión de un delito de violación. Denunciado á los Tribunales, fué procesado y preso, por cuyo motivo el Consejo del Banco lo separó absolutamente de su destino. Seguido el sumario por todos sus trámites, en el acto del juicio oral fué absuelto y puesto en libertad y á petición del interesado, el referido Consejo lo rehabilitó en su cargo, con abono de los sueldos no percibidos durante su separación. ¿Creeis que las separaciones absolutas no se revocan?; pues sí, se revocan cuando en ello influye un consejero como en el presente caso influyó D. Carlos de Limón Altuna, protector de D. Hilario Puertas Crespo. —J. BAUTISTA SANCHIS

Una consulta

Sr. D. José Nakens

Desde un pueblo de la Alcarria que no es preciso nombrar, me ha encargado un buen amigo que le busque con afán una medalla que ostente la imagen angelical del Santo Niño de Praga, que destina á regalar á su futura, que es chica entregada á la piedad.

Este encargo que parece que es sencillo por demás, resulta que es imposible poderlo cumplimentar, pues no venden en Madrid medallas del tal zagal y por ello, de buscarla había desistido ya, cuando anoche paseando vino la casualidad á mostrarme otra medalla que podría sin ser igual el conflicto en que me encuentro al punto solucionar.

En una tienda lujosa vi un surtido colosal de medallas, y entre ellas en una grabada está la imagen del Niño Dios con su cara angelical, tendidito en un pesebre, y á guisa de titular pone *Niño de las Pajas* (1) título de gran verdad, pues que sólo paja encierra el pesebre en donde está. Aquel que vino á este mundo á redimirnos del mal.

Al momento me dispuse la tal medalla á comprar, más luego me arrepentí acordándome que allá, en el pueblo de mi amigo, la malicia y la maldad imperan hasta tal punto, que la mujer del fiscal, la boticaria, la médica, la hija del sacristán, la alcaldesa y la escribana, la medalla al contemplar y leer lo de las *pajas*, gran partido sacarán para burlas y guasitas, queriendo relacionar tal título con un vicio que muy arraigado está en la niñez y produce en su salud mucho mal.

Usted que tiene experiencia y es probada autoridad en cosas de religión, bien me puede aconsejar si remito la medalla al amigo expreso ya, ó dejo de reñitirla, con lo que se evitará el que gentes sin meollo se puedan muy bien mofar

(1) Esto es cierto.

de cosas merecedoras de respeto y seriedad.

Esperando su respuesta que confío no ha de tardar, me ofrezco suyo afectísimo

LUCAS PUENTE Y GALCERÁN

Contestaré á esta consulta en el número próximo.

EL MOTÍN

PERIÓDICO SEMANAL
CON 8 PAGINAS Y CARICATURAS
SE PUBLICA LOS JUEVES

REDACCION Y ADMINISTRACION
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, 1,50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1,50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

Libros en venta

Trozos de mi vida

TRALLAZOS

Clericalismo en solfa

Picotazos en la cresta

Cosas que he dicho

Más cosas que he dicho

VERDADES AL PUEBLO

(Juan Lanas)

Segunda edición.—318 páginas.

CALUMNIAS AL CLERO
MÁS CALUMNIAS AL CLERO
OTRAS CALUMNIAS AL CLERO
NUEVAS CALUMNIAS AL CLERO
Inventadas

por

José Nakens

Precio de cada tomo: DOS pesetas.
A los suscriptores directos, el 25 de rebaja.

CIENCIA
Y RELIGION
Por Malveit

35 grabados.—Precio: 1 peseta.

Los cruzados

por

ROBERTO ROBERT

Porque antes, como ninguno de ellos quería que su compañero se degradase con la posesión de dominios terrenales, cada cual quería hacer el sacrificio de quedarse para sí los pueblos vencidos; pero se inspiraron en los preceptos evangélicos, y dijeron: nada, nada; el que se lo gane que se lo quede.

**

En fin, caminaron, y antes de emprender la obra definitiva se contaron.

En aquel largo tiempo, desde principios de la primavera hasta Junio, sólo habían muerto doscientas mil personas de aquel ejército.

Señal visible de la misericordia del cielo.

**

Es de advertir que otros, después de recoger su botincito en las ciudades conquistadas, se habían vuelto atrás, corriendo a su tierra a gastar el dinero en misas.

Otros, con la parte que les había tocado, se dirigieron a ciudades pacíficas a poner tiendas de aceite y vinagre y casas de préstamos, para hacer la competencia a los pícaros judíos, que todo lo querían ganar ellos.

**

El resultado fué que de tanta gente sólo cincuenta mil hombres marcharon contra Jerusalén.

Descubrieronla el 10 de Junio de 1099, y cayeron de rodillas.

Besaron la tierra, volvieron a llorar, a gritar, a cantar, y pusieron sitio a la ciudad.

Se encontraron con escasez de agua, y dijeron: esto es que el cielo quiere ayudarnos.

Fuó apresada é incendiada la escuadra que les llevaba víveres, y redijeron. Dios se acuerda de nosotros.

Hicieron sus trincheras, hicieron una procesión, acometieron, y por fin el 15 de Julio de aquel año, en día de viernes, y a la misma hora en que había muerto Jesús, tomaron la plaza, y allí, poseídos de santo celo y cantando canciones piadosas, destrozaron, degollaron y se bañaron hasta las rodillas en sangre musulmana, como ya hemos dicho al principio de este capítulo.

Allí encontraron de todo: infieles que matar, agua que beber, buenos alimentos y riquezas...

Sóloamente en la mezquita de Omar halló Tancredo, entre otros inmensos tesoros, veinte candeleros de oro,

ciento veinte de plata, y magníficas alhajas y ornamentos.

**

Todo lo cual fué a parar a las iglesias del Dios misericordioso, a beneficio del cual se había hecho aquella degollación extraordinaria.

**

En todo se veían prodigiosas señales de la santidad de aquella causa.

En cuatro años habían tomado la cruz seis millones de hombres.

«De ellos, dice Cantú, apenas quedaron trescientos caballeros con Godofredo, y algunos en Trípoli con Raimundo, en Edesa con Balduino, y en Antioquia con Bohemundo: unos diez mil volvieron a Europa. ¿Qué había sido de los demás? Sus huesos cubrían los caminos que desde todos los puntos de Europa conducen a Jerusalén.»

**

Pero aquel triunfo despertó nuevo valor en los que hasta entonces habían permanecido apáticos.

Mas de doscientos mil cruzados «renovaron bajo los muros de Constantinopla las atrocidades de los primeros», dice un autor.

Sea de ello lo que quiera, el espíritu cristiano inspiró tales actos a aquellos guerreros, que para librarse de ellos los infieles llegaron al extremo de soltar los leones del gran señor, los cuales se hartaron de carne cristiana, así como antes los nuestros se hartaron de carne turca; compensación propia de aquellos tiempos, en que todo se dejaba encomendado a la mano de la Providencia, igualmente amorosa para con todos sus hijos.

**

Y entonces se averiguó algo superior a las fatales invenciones modernas, y fué lo siguiente:

El impío Kilisc-Arslan se arrojó sobre los cristianos, sin darles punto de reposo: por este medio se averiguó que la voluntad de Dios no era que los de la cruz permanecieran en aquel sitio, y apenas se convencieron de ello se fueron alejando.

Pero antes de toda batalla Raimundo de Tolosa mandaba pasear ante su ejército la desenterrada lanza, y el arzobispo de Milán bendecía a los suyos haciéndoles la señal de la cruz con un brazo milagroso de San Ambrosio.

Y Dios, para demostrar que donde él manda no hay lanzas, ni brazos, ni arzobispos que valgan, consintió que los cruzados aquellos sufriesen una, dos, tres y cuatro derrotas que les dejaron tan plenamente convencidos de la omnipotencia divina, que saltando barrancos y cayendo y levantando, pero alejándose siempre, iban clamando: ¡Dios no quiere, Dios no quiere!

Y todo esto y algo más hubo en la primera cruzada, que si bien parece que debió ser la única, fué seguida de otras muchas.

Es imposible que las narremos todas; pero...

Pero ¿quién resiste a contar de ellas ciertas cosas?

Ya que no podamos dar una relación tan grandiosa que pueda llamarse digna del suceso, mostremos a lo menos nuestra buena voluntad con alguna prueba.

**

¿Hablares del dolor que experimentó la cristiandad entera cuando Dios consintió que Saladino se le apoderase de la ciudad santa, incluso el Sepulcro?

Felipe Augusto, Ricardo Corazón de León y otros reyes toman la cruz y vuelan al combate con nuevos ejércitos, y Dios no se mueve ni por esas.

Acuden a reforzar a las primeras cohortes otras nuevas, y Dios ni por esas.

Llora el Papa, lloran los cronistas, lloran los trovadores, y en medio de aquel torrente de lágrimas, navega viento en popa la nave musulmana.

«¿Dónde está vuestro Dios que no os ayuda? Ya hemos profanado vuestro santuario; hemos destrozado franceses, alemanes, ingleses, españoles, ¿qué espera vuestro Dios para protegeros?»

Esas bravatas y esos impíos razonamientos desalentaron por de pronto a los cristianos libres; pero el Papa Inocencio les hizo recobrar la fe y el valor, demostrándoles con el Apocalipsis en latín, que el Santo Sepulcro sería recobrado.

No lo fué, porque sin duda las profecías tendrían algún pasaje oscuro; pero ¿quién les quita a los que las creyeron el haber muerto matando turcos, con la consoladora esperanza de vencer?

Así como así, una vez muertos, ninguno de ellos sabía que se hubiese equivocado.

**

Y no importaba que murieran unos pocos: el espíritu religioso se desarrollaba al mismo tiempo en los que sobrevivían; el espíritu de religión lo dominaba todo, lo impulsaba todo, por más que Montesquieu diga que «en Europa abundaban los hombres apasionados por la guerra, que tenían que purgar muchos crímenes y a quienes les proponían una expiación en armonía con sus pasiones, y así todos tomaban la cruz».

**

Los impíos pretenden sacar gran partido del hecho, verdaderamente cierto, de que en toda la Edad Media

(Continuará.)

TIP. «LA ITALICA», VELARDE, 12, MADRID